



ASÍ EN LA TIERRA...

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Francisco de Vía

20 Cts.



—¡ Mamá, mamá ! ¡ Ha sido Manolita !
 —¿ Habéis hecho una nueva diablura ?
 —No, mamá ; yo no fui. Fué la muñeca,
 que se empeñó en probar la PECA CURA.
 Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
 Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
 Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.
 Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20
 pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
 lo, 13 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá).—Barcelona

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES
 GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA
 12, CAPELLANES, 12
 PRECIO FIJO

Obras últimamente

:-: publicadas :-:

DE

AUGUSTO MARTINEZ

— **OLMEDILLA** —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.
 TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.
 EL MAL MENOR, novela, 4 pts.
 PRIMER AMOR, PRIMER DES-
 ENGAÑO, novela, 4 pts.

De venta en las prin-
 cipales librerías.

La dirección advierte a
 los colaboradores es-
 pontáneos que no se de-
 vuelven los originales
 ni se mantiene corres-
 pondencia sobre ellos

MONTANO

Además de los planos de esta acreditada fabricación,
 participa al público haber recibido nuevos de Rö-
 nisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en
 autoplanos.

Calle de San Bernardino, núm. 3, Madrid.

Así en la tierra...

ACTO PRIMERO

Un cortijo en la campiña cordobesa. Al foro, y al mayor fondo posible de escena, aparece un pedazo de la era que figura estar sobre una altura. Al fondo se divisa un amplio horizonte de campo lleno de potente luz. A la izquierda, la entrada a la casa del cortijo con un sombrajo a la puerta. A la derecha se supone que continúa la era.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y MARÍA JESÚS, sentadas bajo el sombrajo, cosen. Al fondo, ocho hombres están aventando el trigo. BASTIÁN, tumbado a la sombra, duerme tranquilamente. Se oyen a la derecha las voces de los que trillan arreando al ganado, y de cuando en cuando sus coplas y canciones.

Voz. (Una voz dentro cantando.)

La mujer que quiere a un hombre
y le jase cara a tres,
meresía que la trillaran
como se trilla a la mies.

Voz.—¡Arre.... Pintaiya!

CARM.—No canta mal el arriero nuevo...

MARÍA.—Falta hasía; que no había uno en tó el Cortijo e "El Chaparral", que supiera entonar una copleta.

CARM.—¿En qué Cortijo dijo tu padre que había estao?

MARÍA.—En "La Riberita", onde estuvo padre de mosito.

CARM.—¡Ajolá hubiera continuao ayí toa

la vía, y ajolá no hubiera yo tropesao con él, que más me tié hecho sufrir!...

MARÍA. (Abrazando a su madre.)—Entonces no estaría yo aquí con osté...

CARM. (Besándola.)—E verdá, hija; ya lo disen, no hay bien que por má no venga. (Señalando a Bastián, que duerme a la sombra.) Mialo. Si aventan mal y va la paja llena e grano, que vaya... Si por la noche corretean gavillas los de Tolico pa su era, que las correteen, él no se enmuta por ná; aluego viene don Carlos, y tóo son reverencias y salemas... ¡Qué alma de hombre!...

MARÍA.—¡Es que hase una calor, madre!...

CARM.—¡Una calor!...

Voz.

Lo mismo que estas pajitas
quisiea ser yo, pa una cosa:
pa volar y dale un beso
en los labios a mi mosa.

MARÍA.—Escucha que copla más bonita...

Voz. (Repitiendo.)

Lo mismo que estas pajitas
quisiea ser yo, pa una cosa:
pa volar y dale un beso
en los labios a mi mosa.

CARM.—Pué que este invierno no cante tanto ese...

MARÍA.—¿Por qué, madre?...

CARM.—Porque ha sido mal año y fué malo el pasao, y habrá mucha hambre.

MARÍA. (*Levantándose y mirando hacia un extremo de la era con mal disimulada alegría.*)—¿Pepe Luis!... ¿José, qué calorina habrá pasao!

CARM.—¿Qué es eso de llamarle Pepe Luis?...

MARÍA.—Pero, madre, si no hemos criado juntos...

CARM.—Los probes, como si nunca hubieran estado juntos con naide. Cuidao, que no te vaya a oír don Carlos...

MARÍA.—Pues padre me tiene dicho que le puedo llamar Pepe Luis.

CARM.—Tu padre... ¿Qué no ha de haber ni desir cosa que esté en su punto!...

ESCENA II

DICHAS, PEPE LUIS y SÉNECA. PEPE LUIS entra a caballo

PEPE.—¡Buenas tardes!...

CARM. (*Acudiendo a sostener de las riendas el caballo.*)—¡Buenas tardes, señorito!...

PEPE. (*Apeándose.*)—¡Hola, cortijera!...

MARÍA.—¡Buenas tardes, señorito!...

PEPE.—¿Qué cumplido está el tiempo!...

CARM.—Yama a Séneca, que estará ahí en la cocina durmiendo, pa que lleve la jaca a la cuadra.

MARÍA. (*Llamando.*)—¡Séneca!... ¡Séneca!... ¡Venga osté!

SÉN. (*Entrando por la izquierda.*)—Buenas tardes, señorito.

PEPE.—¡Hola, filósofo!...

SÉN. (*Llevando la jaca por detrás de la casa.*)—¡Hola, Cordobesita! Suandiyo, ¿eh?...

CARM.—¿Quié usted su refresco, señorito, o prefiere un poco de gaspacho?

PEPE.—Si tienes limón, prefiero el refresco!... ¡Hace una tardesita!...

CARM.—Víspera es San Lorenzo... Voy en un vuelo... (*Sale para la casa.*)

ESCENA III

MARÍA JESÚS y PEPE LUIS

PEPE.—¿Qué te pasa, chiquilla?...

MARÍA.—Ná, señorito...

PEPE.—¡Miren qué cumplida!... ¿En qué escuela hicieron tan modosita a la niña?...

MARÍA.—No se burle osté, don Pepe Luis...

PEPE.—Señorito... Don Pepe Luis... ¿Vamos a ver otro tratamiento?...

MARÍA.—No se burle, señorito...

PEPE. (*Serio.*)—¿Cuándo me he burlado de ti?... A ti te han dicho algo... Alguna broma estúpida. No hagas caso, chiquilla. Tú sabes que yo no soy malo, que eres como una hermanita pequeña mía a la que yo quiero mucho y le traigo regalitos cuando vengo de Madrid, y la regaño cuando no es buena, y la cuento unas historias muy bonitas... ¿Verdad, que sí?

MARÍA.—Sí... Es osté muy bueno...

PEPE.—¿Otra vez? ¿Quieres no ser tonta?

MARÍA. (*Confiada e ingenua.*)—Sí; eres muy bueno, Pepe Luis, y la tarde que no vienes estoy muy triste, y cuando te vas a Madrid, me parece que ya no vendrás nunca, y que siempre será invierno, y me gustan mucho las cosas que me cuentas de por ahí, pero mi padre se ríe de que hable contigo, y me dice cosas con mala idea, y mi madre, mi madre también me riñe si te llamo Pepe Luis, porque dice que los probes no debemos estar juntos con naide, y que alguna vez lo hemos estado, es cosa como si nunca lo hubiéramos estado. (*Pepe Luis sonríe.*) No te rías, que sí es verdad que me lo ha dicho... Tú que sabes todo, ¿por qué me ha dicho eso mi madre?...

PEPE.—Acabarán por poner malicia en ti... No hagas caso. (*Cambiando de tono.*) ¿Sabes que Bartolo se casa?

MARÍA.—¿El cochero es tu casa? ¡Ja, ja, ja!... ¿Tan feo?

PEPE.—Más te vas a reír cuando sepas quién es la novia. La hija de Juan el tripero.

MARÍA.—¿La Jesusa? ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA IV

DICHOS, BASTIÁN y luego CARMEN

BAST. (*Despertando a las risas de María Jesús.*)—¡Venga con Dios señorito! Me adormilé un poquito, pero estaba aquí pa no perder de vista a los ereros. (*Malicioso.*) ¿Qué risa tienes, hija!... Hasta que viene osté por las tardes, no hay quien la vea la risa.

PEPE. (*Con repugnancia.*)—¿Han aventado toda la parva de ayer?

BAST.—Ahora están terminando.

PEPE.—¿No es hora ya que den de mano?

BAST.—Ya va siendo horiya, pero... que suenen un poco más...

PEPE.—Por lo que tú no has sudado, ¿verdad?...

CARM. (*Entrando.*)—Aquí está el refresco.

PEPE. (*Bebiendo.*)—Gracias; muy bueno que está. (*Llamando.*) ¡Séneca!... Carmen;

prepárales un gazpacho a los aventadores y a los del trillo...

CARM.—Va desegüía. (*Sale.*)

ESCENA V

DICHOS. Diez hombres más entre aventadores y los del trillo. SÉNECA y CARMEN

SÉN.—¿Manda osté?

PEPE.—Diles a esos que vengan a tomar un gazpacho.

SÉN.—¿Ya?... Mie osté que a don Carlos no le hará gracia...

PEPE.—Ahora no está aquí mi padre...

SÉN. (*Señalando a Bastián.*)—Como si estuviera... (*Los aventadores han dado de mano a la faena y se aproximan, quedando en grupo por debajo del sombrero.*)

TRAB. 1.º—Güenas tardes, señorito.

TODOS. (*Entre dientes.*)—Güenas tardes...

BAST.—Hoy no poeis quejaros...

TRAB. 1.º—Der frío, no...

TRAB. 2.º—Cómo humea la tarde...

TRAB. 3.º—Cae plomo derretío...

PEPE.—¿Os gusta más el invierno?

TRAB. 1.º—¿Güeno viene el invierno!...

TRAB. 2.º—Terrones e tierra vamos a tené que comé...

TRAB. 4.º—Como haiga la sequía der pasao y el antipasao, no comerás ni tierra, poryo, y gracias.

SÉN.—¿Has sabío e tu hermaniyo?

TRAB. 1.º—Ni letra... Ajolá me hubiese dío con é...

SÉN.—Hay mucha agua por medio...

BAST.—Si fuera vino, ¿eh?

TRAB. 1.º—¿Er que osté nos da!

PEPE.—¿Ha emigrado tu hermano?...

TRAB. 1.º—¿Qué?...

BAST.—¿Qué bruto!... ¿Qué si se ha dío a América?...

TRAB. 1.º—¿A ver!... Dos años de hambre, más negros que la pé, y aluego aqueyo e el hijo e don Gabriel...

PEPE.—¿Qué fué?

BAST.—Que cuando iba a casarse, le ijeron que otro había probao la fruta...

TRAB. 1.º (*Mirando torvo a Bastián.*)—Otros han cargado con er güeso na más...

BAST. (*Yendo hacia él.*)—¿Qué dises?...

SÉN.—¿Ná, hombre! (*Mirando hacia la cocina.*) Ya está aquí er gaspacho. (*Entra Carmen.*)

CARM.—Mu fresco no está, pero lo he adornao con unos pepinillos que tenía por ahí... (*Coloca en el suelo la cazuela grande y reparte a los aventadores cucharas de madera.*) ¿No quíe osté probarlo, señorito?...

PEPE.—No... (*A María Jesús.*) No sabía

yo esa historia... ¡Mira, Gabrielito; tan sinvergüenza como su padre!... ¿Y no le hicieron nada?...

MARÍA.—Sí; pa que no hablara le quisieron dar cincuenta duros al infelis, pero é no quiso, y se marchó a Calais y se embarcó. ¡Probesiyo!... (*Siguen hablando en el fondo de la era. Va anocheciendo.*)

CARM. (*A Bastián.*)—Te cogió dormiendo er señorito...

BAST.—Más habrá dormío él...

CARM.—No seas burro, Bastián...

BAST.—Si no se enfáa, mujé... Ese viene a otra cosa. Míalo qué entretenío...

CARM.—¿Bastián! ¿Qué dises? ¡Serás capaz de haber pensao!... ¡Nuestro Padre Jesús!... ¿Pero tú qué eres?...

BAST.—¿Caya!... Digo, que yo no sería como el hermano de ese...

CARM.—¿Caya; caya por Dios! ¡Que es tu hija, Bastián!...

BAST.—¿Pero qué tas creío, mujé?... Estos niños mimasos son mu caprichosos, y algunos, algunos son capaces hasta de pasar por la parroquia ¡Si Dios quisiea!... ¡Ah, don Carlos, don Carlos, cómo se le iba a bajá el orguyo!...

CARM.—¿De qué casta eres, Bastián?...

BAST. (*Dándole un apretón en un brazo.*)—¿Caya! (*Se oyen los cascabeles de un coche. Dirigiéndose a los trabajadores.*) ¡El amo! (*Ninguno se mueve. Sólo Séneca se levanta. Bastián, Carmen y Séneca salen por el foro izquierda, y vuelven a entrar con don Carlos.*)

ESCENA VI

DICHOS y don CARLOS

PEPE.—Creí que no venías esta tarde...

CARL. (*Con intención.*)—Y por eso lo hiciste tú... Vengo cansado... ¡Qué tarde de calor!... (*Carmen le ha colocado un sillón. Bastián una mesita.*) No; fuera del sombrero, a ver si corre un poco de aire... (*Se sienta. Carmen entra en la cocina, y a poco sale con un refresco.*) ¿Y a ti, qué aficiones te han entrado ahora por el Cortijo? (*María Jesús se escapa en cuanto no la ven.*)

PEPE.—Fuí con Isidoro a sus olivos, y como estaba cerca me llegué... (*Los trabajadores se han ido marchando a la cocina sin saludar.*)

CARL. (*A Bastián.*)—¿Terminaron de trillar la segunda parva?... (*Mirando hacia la derecha.*) Digo... ¿Pero si hay gavillas?... No te dije que no carretearan hoy?...

BAST. (*Confuso.*)—Y no han carreteao...

CARL.—Entonces..., ¿eso es de ayer?...

BAST.—Sí, señor... Ahora poco han terminado de trillar la parva que quedó anoche en la era...

CARL.—¿Pero qué han hecho entonces?...

BASE.—Por la mañana estuvieron llenando costales e trigo; como aluego dise er señó que no quíe que er trigo duerma en la era, porque hay relente... (*Haciendo ademán de robar.*)

CARL. (*Remedándole.*) — Y aluego tú te tumbaste a dormir, y esos vagos empezaron a echar pitillos, y... ¡y hemos perdido un día!... ¡Como nos coja el agua con trigo en la era, a la hora de pagar jornales hablaremos!...

BAST.—No hay mieo e que llueva...

CARL. (*A Pepe Luis.*)—¿Y tú no habrás preguntado por nada; como si todo esto fuera de un extraño?...

PEPE.—Sí pregunté...

CARL.—Te prueba muy mal el pueblo. (*Con intención.*) Peor que Madrid. (*A Carmen.*) Lleva al coche la cesta con los huevos de hoy.

CARM. (*Saliendo.*)—Dos dosenas hermosísimos...

SENEC. (*Desde dentro.*) — ¡Señorito Pepe Luis! ¡Venga osté! ¡Misté el potriyo alásan!... (*Sale Pepe Luis.*)

ESCENA VII

DON CARLOS y BASTIÁN

CARL.—Esto no puede seguir así.

BAST.—No, señor; va peor.

CARL.—¿Qué dises?...

BAST.—Que el año va a sé malísimo, y que esta gentesilla está mu soliviantá...

CARL.—Sí, vamos a tener que emigrar los propietarios.

BAST.—Y los probes...

CARL.—Quéjate tú...

BAST.—No... Yo no me quejo..., aunque sí podía quejarme...

CARL.—¿Tú?... ¿Cuándo pudiste soñar en llegar a aperaor de cortijo?...

BAST.—Como soñar... Como soñar, siempre se sueña mucho... Lo que pasa es que aluego se conforma uno con poco, aunque ese poco le haya costao a uno mucho...

CARL.—¿Qué quieres decir?

BAST.—Na... Lo que quiero desir lo digo siempre.

CARL.—Pues ahora no lo has dicho claro. Y mira, el que va a decir algo muy claro voy a ser yo.

BAST.—Diga osté...

CARL.—Pues digo... Digo que es menester que tengas más cuidado con la chica, con María Jesús. Que yo la he visto varias veces

de mucha conversación con Pepe Luis, y... más vale cortar a tiempo.

BAST.—¡Ja, ja!... Quite osté, don Carlos. ¡Ja, ja!... Qué cosas se le ocurren a osté!... ¡María Jesús!... ¡Pepe Luis!... Pero si son más inosentes que dos grillos... ¡Ja, ja! Me había osté asustao... No haga osté fantasías... Claro, como se están viendo desde chequetillos, pues tien confiansa, mesmamente como dos hermaniyos...

CARL.—Está bien... Yo ya te he avisado. En cuanto a Pepe Luis, mañana lo mando a Madrid; no me satisfacen estos afanes que le han entrado ahora por la labor y por el cortijo.

BAST.—También son ganas de tomarse preocupaciones por na... Las manos pondría yo en el fuego...

CARL.—No; si ya sé que no hay nada; pero entre santa y santo, pared de cal y canto.

BAST.—No sea osté mal pensao... Tan contento que pasa Pepe Luis las vacaciones en el pueblo, y le va osté a privar al chiquiyo de ese gusto...

CARL.—Haré lo que me plazca... Y... ya sabes que te he avisado; ya supondrás que yo haré cuanto esté de mi parte para evitar un disgusto; tú debes hacer lo mismo.

BAST. (*Medio en broma, pero con intención.*)—¿Qué mieo tiene a emparentar conmigo mi señor don Carlos!...

CARL. (*Levantándose amenazador.*)—¡Insolente!...

BAST. (*Impávido, sin moverse.*)—Pegar, no.

CARL.—¡Eres el más canalla y el más cínico!...

BAST. (*Con intención.*)—Pero... le he servío bien en alguna ocasión, ¿verdá!...

CARL.—¡Vete! ¡Vete!...

BAST.—No se asoque mi señor don Carlos; ha sido una brometa... Yo creí que...

ESCENA VIII

DICHOS; CARMEN, PEPE LUIS y MARÍA JESÚS

CARM. (*Entrando por la izquierda.*)—Dos dosenas y cuatro; cuatro más hermosísimos que yo no había visto en la capacha. (*Queda callada de pronto al ver la cara de don Carlos.*)

CARL.—¿Los has puesto en el coche?...

CARM.—Sí, señó.

CARL. (*Llamando.*) — ¡Pepe Luis! (*Pepe Luis entra por el foro izquierda.*) Vámonos. Mañana cuando yo venga que no encuentre ya un grano en la era. Tú ¿tienes que recoger de aquí alguna cosa? (*Entra María Je-*

sús.) Mañana en el rápido te vas a Madrid.
(*Cara de asombro de todos.*)

PEPE.—¿A Madrid?...

CARL.—Sí... Tienes que hacerme unos encargos, y, además, si has de matricularte...

PEPE.—Pero si tengo tiempo hasta el día treinta...

CARL.—No me repliques, porque no vuelves al pueblo hasta que tengas cincuenta años. (*Saliendo por el foro izquierda.*) ¡Adiós!... Que mañana temprano lleven las carretas de trigo al pueblo. (*Sale.*)

PEPE.—¿Qué mosca le ha picado?...

CARL. (*Desde dentro.*) — ¡Pepe Luis!... Vamos.

PEPE.—Si tengo aquí el caballo...

CARL.—Ya lo llevarán; ven conmigo en el coche.

PEPE.—Bueno... Pues... Adiós...

MARÍA (*Triste.*) — ¡Adiós!... (*Sale Pepe Luis por el foro izquierda. Se oye el coche que se va. Pausa. A poco María Jesús se va al foro.*)

ESCENA IX

BASTIÁN y CARMEN

BAST. (*Mirando donde se va el coche.*) — ¡Mardito seas!...

CARM.—¿Qué ha ocurrido?...

BAST.—Torres más artas... Más orgullo que toa su casta junta, y... ¡hay qué ver la casta!

CARM.—Pero ¿qué ha pasao?...

BAST.—Na... Que manda ar niño a Madrid... Que sa olío que le gusta María Jesús, y que ma dao a entender que...

CARM.—¿Qué?...

BAST.—Na. El orgullo; er mardito orgullo que tié... ¡Pelantrín!... ¡Mas que Pelantrín!... Verás tú cuando las hipotecas te ajoquen, que va a ser pronto...

CARM.—¿Pero qué inconveniensiencia has dicho?...

BAST.—Denguna inconveniensiencia. Y ¡a callar!... ¡A callar y a dejar a María Jesús, que tóo saldrá; tóo saldrá como deba salir!... (*Pausa.*)

CARM.—¡Me das mico, Bastián!...

BAST.—¿Mico?... Pos santíguate.

CARM.—¿Qué pretendes haser?... Lo estoy viendo y no pueo creerlo. Hase tiempo que me parese adivinarte las intensionses, y aunque en ca cosa y a ca instante veo tu maldá, aun no puedo creer que la verdá sea la que me imagino. (*Cogiéndole por los brazos y mirándole fijamente en los ojos.*) Ven acá, mardesío, alma negra; dime que no son verdá mis figuraciones; dime que éste brillar ma-

lo de tus ojos que me está hasiendo yorar e tristesa no es verdá; dime que ahí, más aentro de ese briyar de demonio no hay el mal pensamiento que me figuro; júrame que quies de verdá, como quien los padres buenos, a nuestra hija; júrame que...

BAST. (*Rechuyendo.*) — ¡Quita ya mujé y no me hagas tragedias de tóo!

CARM.—¿Por qué se ha enfadado don Carlos?... ¿Por qué espacha a Madrid ar señorito Pepe Luis? ¿Es por nuestra hija?...

BAST.—Sí; por tu hija.

CARM.—¿Por María Jesús?

BAST.—Por tu María Jesús.

CARM. (*Con un rugido.*) — ¡Y tuya!

BAST.—Eso... tú lo sabes.

CARM.—¿Qué?... ¡Oh, Padre Jesús!... ¡Yo te juro por lo más sagrado, por la gloria de mi madre, que me mira, por la vida de mi hija, por el santo nombre de Dios, que es nuestra, Bastián, sólo nuestra! (*Llorando dulce y desconsolada.*)

BAST.—No... Sí lo creo... Se me fué la lengua...

CARM.—Y el pensamiento... Ven acá; alma renegría; ¿no te he sido fiel? ¿No llevo veinte años aquí, en el cortijo, a la vera tuya, sin separarme de ti? ¿No ves mi vía, menuto por menuto?...

BAST.—Ende que nos casamos, sí; pero antes...

CARM. (*Espantada.*) — ¿Qué?...

BAST.—Vaya; por lo visto quies que te lo diga. Pos allá va: que yo no me chupo er deo, y sé que antes de yo casarme contigo...

CARM.—Sí... antes de casarnos... (*Bastián va a hablar.*) ¡Caya!... ¡Un momento!... Contéstame ahora mismo la verdá, toda la verdá, por tu alma, por tu madre! ¿Cuándo lo has sabío?... ¿Cuándo?

BAST.—Antes de casarnos: yo no me chupo er deo.

CARM. (*Anonadada.*) — ¡Antes!... (*Reaccionando como una leona.*) ¿Y te casaste?... ¡Canaya!...

BAST. (*Queriendo calmarla.*) — ¡Pchs!... ¡Caya!... Ven acá...

CARM.—¡No!... ¡No te aserques!... ¡No me toques!... (*Contemplándole desafiadora.*) ¡Eres un hombre!...

BAST. (*Va hacia ella para pegarla. Se detiene y, volviendo hacia la derecha para marchar por el foro, se encoge de hombros y sale.*) — ¡Güeno!...

ESCENA X

CARMEN y MARÍA JESÚS

(*Va anocheciendo. Carmen llora.*)

MARÍA (*Entrando por el foro izquierda.*)

¿Qué tié osté, madre?... ¿Por qué llora?...

CARM. (*Abrazándola.*)—¡Hija mía!

MARÍA.—¿Qué pasa?...

CARM.—Na... Cosas de tu padre... Pero no es na... ¿Ande estabas?

MARÍA.—Ahí, al fin de la era. Viendo marcharse a los señores... ¿Por qué se lleva don Carlos a Pepe Luis, ansí de pronto?...

CARM.—No sé, hija... Ellos sabrán, y no preguntes na, y no le llares Pepe Luis, y no hagas confianzas, y no te acuerdes de él.

MARÍA.—Güeno... Bien está tóo, tóo, menos lo úrtimo, que... aunque quiera, no lo podré haser...

CARM.—¿Qué dises que no podrás haser?...

MARÍA.—Olviarlo...

CARM.—¡María Jesús!...

MARÍA.—Pégume osté, si quiere; que me mate padre, si le da la gana, pero... me recordaré de él...

CARM.—¡Hija!...

MARÍA.—Sí, madre; aunque yo no quisiera, me recordaría de él; pero..., aemás es que quieo recordarlo siempre...

CARM.—Pero, infelí; tú no ves que eso es mirá a las estrellas... Fíjate tú, chiquiya; es como si quisieras coger ese lusero tan bonito con la mano. (*Señalando al cielo.*)

MARÍA (*Muy triste.*)—Sí, ya sé que nunca podré cogerlo... Pero mirarlo, mirarlo y quererlo, sí que pueo...

CARM. (*Abrazando y besando a su hija.*)—¡Entrañas mías!... ¡Probesita mía!... ¿Qué t'ha dicho Pepe Luis?... ¿Qué mentiras ta contao?...

MARÍA.—Na, madre; na m'ha dicho, ni m'ha contao mentiras; pero es güeno y es el único que, como osté, me habla con cariño, y le he tomao ley sin yo saberlo, y hoy, que m'ha paresío que don Carlos se lo llevaba por mi culpa, me he apersibío de que le quiero y m'ha entrao una tristesa mu grande y una alegría entoavía más grande que la tristesa.

CARM.—Pero si eso nó pué ser, hija; si no podrá ser nunca...

MARÍA.—Ya lo sé, madre; pero... ¡déjeme osté mirar la estreyita!...

ESCENA XI

DICHAS y SÉNECA

SÉN. (*Saliendo de la casa.*)—Carmen, que ya va siendo horiya, y la gente esa comiensa a impasientarse...

CARM.—E verdá; pues aún habremos de tardar un ratiyo; en tanto se hase...

SÉN.—Güeno; pero en oliendo ellos a guiso, ya se van consolando...

CARM.—Anda, María Jesús; vamos a arreglarlo tóo desegüía. (*Entran en la casa.*)

ESCENA XII

SÉNECA y los TRABAJADORES

SÉN. (*Entre dientes, viendo marcharse a Carmen y María Jesús:*)

“A la puerta de naide
no llame naide;
porque no sabe naide
cómo está naide.”

¡Güeno!...

CARM. (*Desde dentro.*)—Si nos dejáis solas, senaremos antes... (*Van entrando por primera izquierda los trabajadores, que son ocho; Antonio, el Porquero, y Joaquinito, el Arriero.*)

SÉN.—¿Qué? ¿Os han esturreao de la cocina?... Como que si seguís allí, no llega una tajá e tosino ar puchero.

JOAQ.—E verdá; las hubiéamos casao ar vuelo. ¡Es que jase un hambre, compañero!...

SÉN.—¿Una no más?...

ANT.—Una en ca diente...

JOAQ.—Entreténganos osté el hambre, tío Séneca, con esos embelecocos que osté sabe contar.

SÉN.—Embelecocos...

JOAQ.—¡Poquitas ganas que tenía yo e venir de arriero ar “Chaparral”. Allá, en “La Riverita”, en el otro cortijo, ande he estao dos años tooos no sabían na más que hablar de sus cuentos de osté, de sus ocurrencias, y llevo dos días en “El Chaparral”, y ni aquí hay chaparros ni osté abre la boca más que pa-comé, ¡ah!, y pa dormir; ¡gachó, y cómo ronca, es una caja e música! ¡Y qué gracia tié!... Er potriyo, ese alasán, en cuanto le oye roncá, se pone a relinchá é, y ¡arman un consierto!...

SÉN.—Sí que tié fantesía el arrieriyo nuevo... Toas las cosas son ansí... Tiés razón: aquí, en este cortijo, ya no quea un chaparro, ni en la moyera del probe Séneca quean ya cuentos e historias; pero chaparros ha habío es er “Chaparral” y cuentos y fantesías y máximas en esta probe moyera... Too es verdá, too es verdá, menos eso de que ronco...

JOAQ.—¿Y por qué le llaman a osté Séneca?...

SÉN.—Te voy a contar argo, porque, si no te va a dar una alferesía. Pos de chequetiyo era yo monascillo en la iglesia mayor del pueblo, y siempre le oía desir ar cura que el quid de too en la vía era encontrarle la filosofía; aquello me hiso gracia; y después, en

el servicio, que me sacó de asistente un capitán, al oírme desir muchas veces lo de que caa cosa tenía su filosofía, empesó a llamarme Séneca...

JOAQ.—¿Y quién era ese tío?

SÉN.—Lo mismo me preguntaba yo; pero en cuantito rompí de letras cogí un disionario, un libro mu grande que explica la chipén de too y me enteré de quién era Séneca; ¡gachó, qué tío! ¡Lo que sabía el amigo aquel! ¡Fué maestro del rey Nerón!

JOAQ.—De ese sí oí yo hablar... Un rey mu fiera que se comía los cristianos...

TRAB. 1.º—Como los señores de ahora... (*Todos le miran.*)

ANT.—Ahora no nos comen...

TRAB. 1.º—Porque estamos mu flacos por el hambre y tenemos mu renegrías las entrañas por el coraje y mu seca y mu tostá la piel por el sol y el trabajo.

TRAB. 2.º—¿Qué desesperao está éste!...

TRAB. 3.º—¿Tié rasón!... Que too lo que da el campo caa ves vale más, y lo que antiyer valía ocho, hoy vale veinte, y nosotros, como si estuviéramos maldesíos, paese que ca ves valemos menos.

ANT.—También han subío los jornales...

TRAB. 1.º—Cuando hay jornales... ¿Y cuando mos queamos paraos? Y la tierra nesesitya siempre lo suyo; pero como no se queja...

SÉN.—Eso tié su filosofía; no vas descaminao, rubio, que también la tierra debía quejarse.

TRAB. 1.º (*Exaltándose.*)—¿El otro día, er minero ese que estuvo por acá de pasá, dijo una cosa que era el Evangelio!...

JOAQ.—¿Qué dijo?... (*Todos prestan gran atención.*)

TRAB. 1.º—Yo... no sabré desirlo como é, con unas palabras mu valientes, pero la... la...

SÉN.—La filosofía.

TRAB. 1.º—Eso. La filosofía sí la recuerdo. Dise, dijo que nosotros nesesityamos a la tierra y la tierra nos nesesitya a nosotros, y que el amo no... tié derecho...; eso, eso dijo: derecho!—a dejar a la tierra sin nosotros, y a nosotros sin la tierra, y que el jornal no ha de faltar nunca al trabajaor, porque la tierra siempre nesesitya trabajo...

TODOS.—Mu bien... Eso... Eso...

SÉN.—Oye..., tú: y ¿no dijo si el amo no tenía dinero, lo que tenía que haser pa pagar tanto jornal?...

TRAB. 1.º—¡El amo..., el amo! Con lo que gastan los amos en lujos y comodidades habría sobrao pa pagar jornales too el año!...

ANT.—Vente años llevo yo e porquero, y na me ha fartao, ni he pasao hambre un solo día...

JOAQ.—¿En la porquera los veinte años!...

ANT.—Y que no farte...

SÉN.—Eso tié mucha filosofía.

TRAB. 1.º (*A Séneca.*)—Pero ¿tengo yo rasón, o no?...

SÉN.—Toos tenemos rasón siempre, y también no tenemos rasón nunca.

JOAQ.—¿Vaya filosofía!...

SÉN.—Tú lo has dicho, y de la güena, que explica toas las cosas... Y allá va la explicación: ¿Por qué pasa lo que pasa? ¿Es porque quíes tú, porque queremos toos?... No; porque si fuera vosotros, toos seríamos ricos. ¿Es por culpa e los ricos lo malo que pasa?...

TRAB. 1.º—¿Claro!...

SÉN.—Pos na de claro; porque si estuviera too en sus manos no pasarían los berrinches y las preocupaciones que pasan.

ANT.—Entonses... ¿Por qué pasa lo que pasa?...

SÉN.—Porque tié que pasar; ésta es la filosofía. Y se joroba er rico cuando le toca, y se joroba er probe cuando le toca también.

TRAB.—Es que el probe se joroba siempre...

TRAB. 1.º—Siempre, porque no tenemos coraje...

TRAB. 2.º—Eso; por cobardes...

TRAB. 3.º—Por mieo...

TRAB. 4.º—Por hambre...

TODOS.—Eso; por hambre.

SÉN.—Esa es la filosofía.

TRAB. 1.º—Debíamos tener los jornaleros der campo una huelga, pa que no hubiea cosechas en dos años.

TRAB. 2.º—Y a vér qué hasían...

TRAB. 3.º—Y resistirnos sin jornales; aunque tuviéamos que robar.

TRAB. 4.º—Y tirarles el pan a la cara...

TRAB. 1.º—¿Y no comer na de ellos!...

TODOS.—¿Eso!... ¿Eso!...

CARM. (*Desde la puerta.*)—¿A senar!... (*Todos callan. Se van levantando y entrando en la cocina.*)

JOAQ.—¿Pos no desían que a no comer na del amo?

SÉN.—Palabras... (*Haciendo el ademán de comer.*) Esto otro es más filosofía...

(*Telón.*)

ACTO SEGUNDO

Habitación cocina del cortijo. Al foro puerta de entrada que da a la era. Al foro izquierda, formando ángulos, la cocina con grandes poyos a los lados. Primera izquierda puerta pequeña. Lateral derecho en último término puerta. En primer término mesa y sillas. Es media tarde de un día de invierno.

ESCENA PRIMERA

MARÍA JESÚS y SÉNECA, junto a la lumbre.

MARÍA.—¿Y dise osté que allí en la casa no saben na?...

SÉN.—Al menos no se habla na... Ya sabes que don Carlos tié aquello como si fuea un cuartel, y la consigna de toos los que allí comen pan es silencio y tente tieso... La única que algunas veces habla un poquillo, pa no reventar, es Milagritos, y esa dise que er señorito Pepe Luis no escribe nunca, y que a don Carlos se le yevan los demonios, y que no le oyen más que resoplar como una fiera enjaulá...

MARÍA.—¡Jesús bendito!...

SÉN.—No..., y la verdá es que la cosa no es pa menos... El invierno se presenta güeno, ¡güeno e verdá!... Y Dios que se ha olviado del agua, y la tierra, toa polvarea, y la gente, sin trabajo, y ca día más anarquía..., y no sé, no sé cómo pué acabar esto. Te digo que es el único año que no me gustaría tener ni una fanega e tierra ni una osena de olivos.

MARÍA.—Esta mañana pasaron por acá, muchos trabajaos así, como en manás, y dicen que iban a trebejar las tierras y los olivos a la fuersa. ¿Será verdá?...

SÉN.—¿Dises que iban en manás?... Entonses pué ser... En manás pué que se atrevan...

MARÍA.—¿Y en er pueblo qué disen?... ¿Qué van a haser los señores?...

SÉN.—No sé... Poca Guardia sevil hay pa que puean haser na los señores.

MARÍA (*Suspirando*).—¡Ay, nuestro Padre Jesús!...

SÉN.—Pos no t'apuras tú poco, chiquilla... A ti no te van a quemar almiarés, ni cortijos, ni te van a vasiar los graneros...

MARÍA.—Sí, pero las cosas del amo...

SÉN.—¿De cuál amo?... Me paese a mí que no ibas tú a llorar mucho por lo que le pasara a don Carlos... Y, el otro..., el amito... El amito, si es verdá lo que dise y lo que una ves me pedricó a mí, debe pa-reserle mu bien too esto...

MARÍA.—¿A Pepe Luis?...

SÉN.—Claro que toos los señoritos que disen que son anarquistas, lo son hasta que les tocan en el granero. ¡Es mu güeno er trigo y el aseite, y se les toma cariño deseguí!...

MARÍA.—¡Pepe Luis no es anarquista, ni quíá Dios que lo sea!...

SÉN.—¡Mejó pa ti si lo juera!... Pero estate tranquila, verás como no. Ni pa que-rrerte es anarquista er niño ese.

MARÍA.—¿A mí?...

SÉN.—No; a mí. Te tie segá, niña, y hará de ti lo que quiera.

MARÍA.—Le juro a osté que no ma diebo na, na na!

SÉN.—Por eso estás aquí.

MARÍA.—¡Tío Séneca!...

SÉN.—Sí, te indignas; lo sé; y te indignas de corasón y no te crees capás de na malo; pero... Er pero de toas las cosas y de toas las presonas, que a la postre, a la postre...

MARÍA.—¿Pero osté que s'ha figurao que soy yo?...

SÉN.—Mujé y, por añadidura, mujé honrá, y a las mujeres honrás les pasa al igual que a los que no son borrachos, que no conocen la fuersa del vino y gromean con él, y..., y se emborrachan antes que naide. Tel cudiao, chiquiya; ten cudiao, que er viniyo ese paese ligeriyo, pero se asube deseguí a la cabeza.

MARÍA.—¡Mar pensau!... Pepe Luis es mu güeno...

SÉN.—Pos esos son los malos, los viniyos güenos... Y, ¡vaya!, no me vengas con pame-mas. Estás entontesía con él, y le quieres a perder porque er mosito te tie embobalicá. ¿Digo yo verdá, sí u sí?...

MARÍA.—Pue que tenga osté rasón... ; pero yo le juro que él no m'ha dicho na, y también le juro que hasta que no s'ha dío esta última ves yo no ma había dao cuenta de na, de na, de na.

SÉN.—Tú no ; pero yo sí ; ¡ estaba tan clara la filosofía ue too esto !...

ESCENA II

DICHOS Y PEPE LUIS entrando por el foro.

MARÍA.—¡ Pepe Luis !...

SÉN.—¿ Osté, señorito ?

PEPE.—Sí, yo. ¿ Por qué os asustáis ?...

MARÍA.—¿ Susto... ?

SÉN.—Lo que se dise susto...

PEPE (*Acercándose a la lumbre.*)—Vamos, sorpresa. ¿ No me esperabais ?... ¿ Qué ocurre por aquí ?

SÉN.—Ya s'ha habrá osté enterao en el pueblo...

PEPE.—No he estado en el pueblo. Vengo directamente de Madrid.

MARÍA.—¿ De Madrí ?...

SÉN.—¿ Y don Carlos no sabe na ?

PEPE.—Nada. Y vamos a lo que importa. En la estación, al bajar del tren, me han dicho que está muy levantisca la gente, y por el camino, hasta llegar al cortijo, he visto que están cavando en casi todos los olivares.

SÉN.—Sí, señor. Y sin que naide se lo haiga mandao... Pero es que el hambre ha comensao a apretar mu pronto este invierno...

PEPE.—¿ Entonces mi padre no vendrá hoy por aquí, a pesar de ser domingo ?... Bueno, puedo estar tranquilo hasta mañana, que vuelvo a Madrid. Mira (*A Séneca.*), tú vas a estar al tanto del camino, y si vieras venir a mi padre, me avisas. Antes dale un buen pienso a la jaca, y mañana temprano me acompañarás hasta el tren. ¿ Qué, no te parece bien todo esto ?...

SÉN.—Osté sabrá... Pero si don Carlos se entera, no quíá osté saber lo que va a pasar...

PEPE.—Quando él se entere, si se entera, ya estoy yo en Madrid otra vez...

SÉN.—Allá osté... (*Saliendo por el foro.*)
¡ Vaya anarquismo !...

ESCENA III

MARÍA JESÚS y PEPE LUIS

PEPE.—¿ Qué te pasa, que estás tan cabada ?...

MARÍA.—Ná...

PEPE.—¿ De manera que hago yo una escapadilla de sábado a lunes nada más que para verte, y me recibes así ?

MARÍA.—¡ Pepe Luis !... ¿ Para qué has venido ?... ¡ Si tu padre se entera !... Además... ¡ No me engañes !... Tóo ha cambiao... Tú lo sabes... Tú eres bueno, ¿ verdá ?... Pues déjame y vete...

PEPE.—¿ Qué dices ?... ¿ Qué ha pasado aquí ?... ¿ Qué te han dicho ?... ¿ Qué malos pensamientos han despertado en ti ?... ¿ Qué piensas de mí ahora ?...

MARÍA.—Yo no sé... Pero me parece que ya no eres el mismo...

PEPE.—¿ Y tú, eres la misma ?...

MARÍA. (*Pensativa.*)—¿ Yo ?... No. ¡ No soy la misma !

PEPE.—¿ Por qué ?...

MARÍA.—¡ No me preguntes ná !... ¡ Déjame !... ¡ Déjame !...

PEPE.—¿ Por qué he de dejarte ?

MARÍA.—Porque tiés que dejarme ; porque aunque tú no quisieras, tendrías que dejarme ; porque no pueo quererte... ¡ Por eso, sí ! ¡ Porque no pueo quererte !

PEPE.—¡ Chiquilla !... ¿ Pero me quieres tú ?...

MARÍA.—Sí... Sin deber... Sin saberlo... Con mucha tristeza y ¡ con mucha alegría !... Con mucha rabia de mí misma, porque soy mala al quererte, pero..., ¡ te quiero ! Sí ; te quiero, si querer es esto de pensar en ti siempre ; de paesarme que te veo toas horas ; de sentir como un golpetaso en el corazón cuando te nombran ; de llorar y de reír de pronto, sólo con pensar ; no me quiere, sí me quiere... Ya lo sabes tóo ; tóo te lo he dicho. Ahora sé bueno y no me engañes, y sobre tóo, no vengas más por aquí, que será lo mejor.

PEPE. (*Entusiasmado.*) — ¡ Chiquilla !... ¡ María Jesús !... ¡ Bendita sea tu inocencia !... ¡ Bendito sea ese corazón tan bueno !... Yo también te quiero, nena, sin pensar en quererte, sin saberlo... Pero ahora sí lo sé, y yo te prometo, yo te juro...

MARÍA.—¡ No jures, Pepe Luis !... Este cariño nuestro no ha de poer ser ; no jures. no jures. Yo te lo he dicho, porque eres bueno y no te reirás de mí, porque así me dejarás pa siempre, y... ¡ porque te lo tenía que desir !...

PEPE.—¡María Jesús!

MARÍA.—Y ahora..., ¡por tu salud! ¡por tu madre!, vete ya a Madrid, y no vuelvas nunca por el Cortijo...

ESCENA IV

DICHOS y CARMEN

CARM. (*Entrando por la izquierda.*)—Señorito...

PEPE.—¡Hola, Carmen!

CARM.—Séneca ma dicho que había osté venso; que don Carlos no sabe ná, y esto, con perdón, no está bien, señorito..., ¡no está bien! Yo no creo que osté tenga malos pensamientos... Yo no creo que María Jesús haya dao motivo... Yo no quiero pensar que Bastián... ¡Tú eres güeno; te he tenido en mis brazos cuando nasiste y murió tu madre; estos pobres no meresen un mal pago; no nos busques un trastorno y una maldición! Ya conoses el carácter de tu padre; nos echará de este rincosito onde tenemos el poco de pan y de tranquiliá. Tú no puées querer a mi hija pa un capricho de señorito, porque es honrá y tú también lo eres; pa mujer no lo habrás soñao siquiera, somos probes de otra casta, la casta de las lágrimas y la tierra; déjanos, no nos echas de este rincón, que desde aquí escondíos te daremos nuestro trabajo y nuestro suor, y nuestras bendiciones por el pan que comemos...

PEPE.—¡Carmen!...

CARM.—No me digas ná... Ya sé que tus palabras habían de ser buenas; yo sé que en ti no cabe una mala asión... Perdóname, si yo te he ofendió... Perdóname, osté señorito, si vió impertinencia en mis expresiones y váyase deseguí, no haga el diablo que don Carlos se enterara y pudiea suponer que aquí, sus servidores, le engañábamos con traisión...

ESCENA V

DICHOS y BASTIÁN

BAST. (*Entrando por el foro.*)—Güenas tardes, señorito. Dende lo alto el olivar le vi llegar a caballo... ¿No venía osté del pueblo, verdá?... Me lo figuré. ¡Tengo yo un orfato!... (*Hace señas a Carmen y a María Jesús para que se vayan.*) Mal tiempesito, ¿eh?... Pos peor quel tiempo está la gentesilla de estos alredeores... (*A Carmen.*) Prepárale algo que merendar al señorito.

PEPE.—No quiero nada.

BAST. (*A Carmen.*)—¡Vete ya!

CARM. (*Con intención.*)—Entonses, señorito, ¿osté irá a dormir a su casa, al pueblo?

BAST.—Más le vale quearse en el Cortijo. Está mu mala la gente, ya a estas horas la pasá e la higuerrilla está mui medrosa... (*A Carmen.*) ¿Quiés irte ya?

CARMEN (*A Bastián.*) — ¡Bastián, por Dios!... Pos... ya dispondrá el señorito lo que más le acomode... Vamos, hija. (*Salen por la izquierda.*)

ESCENA VI

PEPE LUIS y BASTIÁN

PEPE.—¿Por qué te estorbaba tu mujer?

BAST.—¡Gachó, no se le escapa a osté ná!... Por si quería osté desirme algo. Las mujeres no saben callar ná... (*Sacando una botella de vino y dos vasos, que coloca en la mesa.*) ¿Quié osté una copiya?...

PEPE.—No.

BAST.—Ande, osté; que er vino es el mejor consejero, y... los dos neseditamos de él ahora... Osté está preocupaiyo y yo..., yo también lo estoy una mijita... Er vino es un buen amigo, que da alegría ar corazón y palabras a los labios... Cuando está osté más amargao por una cosa y no se le ocurre ná, ná, ná, pa arreglar aquella preocupación, se bebe osté cuatro o cinco copas de este viniyo de oro, que Dios, pa bendición de toas las bendiciones, regaló a esta tierra como remate de tóo lo mejor, y deseguí, sin osté darse cuenta, van variando toas las cosas, que empieza osté a verlas por el lao bonito; tóo lo que paresía imposible se hase hasedero, y... ¡a la sexta copiya ya no hay preocupaciones y tóo está resuelto, y ha salío el sol pa tóos, y es osté más felís que nadie, y er mundo paese así de chequitiyo!...

PEPE.—A ti, por lo visto, te basta con olerlo.

BAST.—No... Con la olor, no hay bastante. (*Ofreciéndole una copa, que Pepe Luis se bebe de un trago.*) Vaya... Con poco cariño ha tratao osté al amigo. ay que darle coba pa que sea agradesío... Le pasa lo contrario que a mí... Siempre ma tratao osté con despego, y yo ca día más agradesío y teniéndole a osté más ley...

PEPE.—¿Tú?

BAST.—Yo. Y más quisiera tenerle entoavía... Y se la tengo... Lo que pasa es que osté no ha reparao, y... y por eso no me lo agradece osté...

PEPE.—¿Qué estás diciendo?...

BAST.—El Evangelio. Osté..., claro..., en

su interior sé yo que no me quiere osté mal, pero..., claro, tiene oste que fegurar como si...

PEPE.—¿Cómo, qué?...

BAST. (*Haciendo como que no sabe decir lo que quiere.*)—Como si..., ¡marditas palabras!... Cuando más farta hasen, es cuando no quieren venir! (*Llenando las copas.*) ¡Vaya, otra! A ver si pone alegría en el corazón de osté y palabras en mis labios. (*Pepe Luis ha tomado un sorbito.*) Así, tratao con cariño, se vuelve más amigo; lo mismo que las criaturas; er mimo es lo que más agrade-se...

PEPE.—Bueno; y, ¿se puede saber a qué vienen todos estos discursos y todas estas filosofías?...

BAST.—A meterte en confiansa, criatura... (*Confidencial.*) ¿Te has creído que yo soy una fiera?... He aprendió un poco de estas cosas y complicaciones de la vida, y yo sé que una cosa es lo que se predica y otra lo que se tié que haser... ¿No? Que sermón por aquí, que sermón por allá, que a estar esconfiao y hecho la pascua toa la vía, y aluego siempre pasa lo mismo, y resultao: los disgustos de antes, lo pasao pasao, y aluego más disgustos. ¿Y esto, no es ser tonto de la cabeza?... ¡Vaya otra, y ya sin salemas, que vamos siendo amigos! (*La bebe de un trago. Pepe Luis le imita.*)

PEPE.—Bueno, ¿pero qué quieres decirme?

BAST.—Lo que yo quiero desirte te lo imaginas tú; aunque pué ser que te imagines más de lo que yo quiero desir... (*Dándole otra copa.*) Y este también te lo dise...

PEPE. (*Que ya está un poco excitado.*)—Sí... Quiero entenderte, y no sé si me das rabia o pena; no sé tampoco si eres tú o el vino, el que me acobarda... (*Bebiéndose otra copa.*) ¡Pero ni al vino ni a ti os tengo miedo!... (*Mirándole fijamente.*) Verdaderamente eres un miserable, Bastián. Serías capaz, por unos billetes, de vender a tu hija...

BAST. (*Fingiendo indignación y dolor.*)—¡Señorito!... Que no tié osté derecho a ofender a un probe servior de osté, por mu servior y mu probe que sea... Er vino le ha dao a osté ese mal pensamiento y esas malas palabras; yo se las perdono, porque sé que no ha querío ofenderme... (*Se dirige hacia la puerta del foro, que abre.*) ¡Y Dios, sin llover!... (*Pausa.*)

PEPE. (*Cogiendo fuertemente a Bastián por un brazo y hablando con gran exaltación.*)—¿Qué clase de hombre eres tú?

BAST. (*Socarrón.*)—Le sienta a osté mal el viniyo...

PEPE. — Ven acá, miserable; alma ruín, qué pretendes hacer de tu hija? ¿Serías capaz de...?

ESCENA VII

DICHOS y SÉNECA

SÉN. (*Entrando por el foro.*)—Señorito... Señorito..., don Carlos que viene a caballo por la pasá de la higucrilla...

PEPE.—¿Mi padre?...

SÉN.—Me paese que ya no tié osté tiempo de marcharse.

BAST.—Qué falta le hase... Pos no hay sitios ni rincones en el Cortijo ande poer esconderse...

PEPE.—¿Esconderme?... ¡Me brindas protección!... (*Resuelto, a Séneca.*) ¡Dile a mi padre que estoy aquí!...

SÉN.—Misté que va osté a tener un disgusto...

BAST.—Que va a pensar que tenemos nosotros la culpa... Venga osté conmigo... Su padre estará aquí poco tiempo, y antes que anochesca gorverá ar pueblo. Ande osté...

PEPE.—He' dicho qué ho; no quiero apariencias que engañan...

ESCENA VIII

DICHOS, CARMEN, MARÍA JESÚS, y en seguida don CARLOS con SÉNECA, que sale a buscarle.

CARM.—Que está ahí don Carlos, Bastián. ¡Qué compromiso, señorito!...

PEPE.—Pero, ¿a qué esos miedos?... No teneis de qué asustaros.

MARÍA. (*Mirando desde la puerta del foro.*)—¡Ya está ahí!... ¡Ya se apea del caballo!...

CARM. (*A Bastián.*)—¡Sal tú a resibirle!...

BAST. (*Asomándose al foro.*)—Güenas tardes, don Carlos. Aquí está er señorito Pepe Luis...

CARL. (*Entrando.*)—¡Pepe Luis!

PEPE (*Yendo a abrazar a su padre.*)—He dado una escapadilla aprovechando el domingo.

CARL.—¿Y por qué has venido al Cortijo directamente?

PEPE.—Es que no vine solo y...

CARLOS. — Y te estaban esperando aquí, ¿no es eso?... Además (*Mirando a Bastián.*), no habrá faltado algún sinvergüenza que te haya llevado un caballo para traerte solícitamente adonde te aguardaban una niña loca y unos padres ambiciosos y calculadores.

CARMEN. — ¡Don Carlos!... (*María Jesús abraza a su madre llorando.*)

PEPE.—¡Padre!

CARLOS.—¡Silencio! No está mal la enclaustración. (A su hijo.) Y tú, como un tonto, haciéndoles el juego.

BAST.—Mi señor don Carlos... Déjeme usted hablar, que está osté equivocao.

CARLOS.—Vamos a emplear muy pocas palabras: no tengo tiempo ni humor disponibles. Huelgan las excusas; lo que acabo de ver me ha convencido de lo que puedo esperar de vosotros. No pienso gastar más saliva. Esta tarde hacéis entrega del cortijo a Séneca, y mañana temprano, muy temprano, os marcháis al pueblo o adonde queráis y os convenza. No; no os molestéis; ni súplicas ni palabrería me harán volver atrás: he dicho mi última palabra.

BAST. (Amenazador.)—Misté, don Carlos, que lo que jase osté con nosotros es un crimen... Misté que...

CARMEN.—Yo le juro a osté, señor, que na sabíamos de que venía er señorito...

PEPE.—Es verdad. Carmen no miente. Yo te aseguro que esta gente no tiene culpa ninguna..., que...

CARLOS.—Es igual: quien quita la ocasión quita el peligro. Y en cuanto a ti, yo te cortaré las alas, y a cercén, para que no vuelvas a volar en toda tu vida. (Van a interrumpirle.) ¡Silencio! (Vuelven a querer interrumpirle.) ¡Silencio he dicho! ¡Basta! (Transición.) ¡Séneca: Esta noche te haces cargo del cortijo. (A Pepe Luis.) Tú, ahora mismo sales para el pueblo y avisas al teniente de la Guardia civil y le dices que en el camino he sabido que más de cuarenta hombres van a venir aquí a cobrar los jornales de un trabajo que yo no he mandado hacer; que estoy dispuesto a no pagar un céntimo, y que envíe unas parejas, a no ser que no le importe el que nos desvalien. Ahí está mi caballo: que te acompañe Rafael, que ha venido conmigo. (Pepe Luis no se mueve.) ¿Pero qué es esto?... ¿Vas a desobedecerme?

PEPE.—¡Padre!...

CARLOS.—¡Sí, padre! Por eso te mando que me obedezcas, como es tu deber, sin replicar ni aun con el gesto: ¡vete! (Pepe Luis sale por el foro. Pausa.) Ven acá, Séneca. (Aparte.) Esos están pagados; que te dé Bastián el inventario: repásalo todo, y mañana que se vayan. ¿Cuántos hombres están cavando en los olivos?...

SÉN.—Unos cincuenta... (Siguen hablando.)

BAST. (A Carmen.)—¡Mardita sea su casta!... Pos lo que es hoy vas a pagármelas toas juntas... (Va a salir.)

CARMEN (Deteniéndole.) — ¿Qué vas a hacer?...

BAST.—Darle un susto güeno. (Sale corriendo.)

CARMEN (A María Jesús.)—Estáte tú a la

vista y mira a ver qué hase tu padre. (Sale María Jesús.)

CARLOS. — Anda y ten cuidado y avísame en seguida. Ya sabes, que vayan al pueblo a cobrar, que estoy allí. Yo te aseguro que algunos sí van a cobrar. (Sale Séneca.)

ESCENA IX

DON CARLOS y CARMEN

CARL.—Si tienes que hacer algo por ahí...

CARMEN.—Ya, ¡na! (Pausa. Don Carlos se ha sentado junto a la lumbre.) Mi señor don Carlos...

CARLOS.—¿Qué quieres?...

CARMEN.—Que me escuche osté unas palabras...

CARLOS.—Si no son muchas...

CARMEN.—Yo no sé si le parecerán a osté muchas; sí sé que le parecerán mu tristes, porque son de una probe mujé... (Pausa.) Yo m'atrevo a pedirle a mi señor don Carlos que no mos eche del cortijo; que no mos quite el pan y la tranquilidad... Osté conose a Bastián; osté sabe que él no pué arreglarse en dengún sitio; que salir con él es ir mi pobre hija y yo a penar, a la ventura, porque no encontraremos acomodo en parte alguna... Veinte años llevamos aquí en el cortijo, y desde entonses no he tenido más fin en la vía que trabajar pa osté, haciendo too lo que mi marío no hasía... Aquí ha nasío mi María Jesús... Aquí vine yo porque osté me mandó que viniera cuando me casaron ostés con Bastián... Mu dura fué pa mí esta vida que no conosía, y a la que no estaba acostumbrá; más dura entoavía con un marido malo, ruin y vago que me maltrató mucho; con un hombre a quien nunca quise..., y supe ser honrá y lloré mucho... Luego vino mi hija de mi alma, y ya too me pareció alegría, y hasta supe olviar las muchas penas pasás—osté lo sabe—, y ya este rincón del mundo fué too el mundo pa mí, y aquí seguí, mirando estos terrones con más cariño que si fueran míos, porque en ellos había llorao mucho y había nasío mi hija y había llegao a enterrar muchas cosas... (Pausa. Solloza.) Osté sabe tanto como yo toas estas cosas; más que yo, que a juersa de querer olviar, llegué a olviar algunas... Algunas que osté no debía haber olviao nunca.

CARLOS.—¿Qué quieres decir?...

CARMEN.—Na quiero desir que pnea ofender a osté, mi señor don Carlos... Sólo quiero desir que osté no puede abandonarnos; que osté sabe que echarnos de aquí a mi hija y a mí en compañía de ese hombre es echarnos a la miseria y a la desolación; que a Car-

men, Carmensilla, la que entró a servir en su casa de osté cuando tenía dose años, ahora, después de veintiocho años de haber trabajado por su casa, no pué osté abandonarla a la vera de un hombre malo y mal trabajador y dejarla en mitá el campo, como un perro sarnoso, pa que se muera e desesperación. Y bien sabe Dios (*Exaltándose.*), ¡por su nombre bendito lo juro!, que na querría, na pediría pa mí si no tuviera a mi hija de mi alma, a quien tengo que defender, porque es mi hija. y... ¡porque cuando sólo había rencores en mi corasón contra toos y contra too, fué er rayito de lus que Dios me en-vió pa haserme buena!...

CARLOS.—Váya; tenía que venir la escenita... Si estuvieras sola; no habrías salido nunca del "Chaparral"; pero tú misma has dicho todo lo que es tu marido. Además, la chica aquí sería un peligro constante para ti y para mí; Pepe Luis está muy encaprichao, y tendríamos el disgusto.

CARMEN.—¡Mi hija es honrá y tie a su madre al lado!

CARLOS.—¿Y eso es bastante?

CARM. (*Queriendo comprender.*) — ¿Qué?...

CARLOS.—Nada; que no puede ser. Yo lo siento, pero no puede ser.

CARMEN.—¡Mi señor don Carlos, tenga osté caría!... Que yo lo he olviao too!... ¡Que he sío mu buena y no meresco este pago!... ¡Que!...

CARLOS.—No; de ninguna manera; no me fío. La escapada de Pepe Luis me demuestra que está muy enamorado... Tú confiarás mucho en tu hija; yo, no. De tal palo, tal astilla.

CARM. (*Transfigurada.*)—¿Qué?... ¿Quién lo dise?... ¿Tú?...

CARLOS (*Levantándose.*)—¡Chist!...

CARM.—¿Tú, mardeso?... ¿Y te atreves?... ¿Ties valor de recordar?...

CARLOS.—¡Calla!... Pueden oírte...

CARMEN.—¡Mejor!... ¡Oh, si Dios quisiera que me oyeran hasta los muertos!... ¡Sí, los muertos!... Tu madre, que no pudo guardarme de ti: la mía, que murió de pena y de vergüenza: toos aquellos viejos y honraos serviores de tu casa que lloraban cuando a la probe Carmensilla, después de engañá, la casaban con el sirvengüenza de Bastián comprao; ¡sí, comprao!—hasta hase poco no lo supe—, y la tiraban al cortijo, como bestia de desecho que se manda a la reata de la trilla...

CARLOS.—¡Calla! ¿Estás loca?

CARMEN.—¡Ajolá! Pero no lo estoy... Lo estaba cuando creía en tu cariño y en tus palabrias, a los quince años; lo estaba cuando por cariño a ti, porque te quería con toa mi alma, salí de tu casa y asepte casarme por que te hasía un bien; lo estaba, cuando,

después, aquí, en este destierro, te recordaba con cariño y me desía: "Conmigo no podía casarse; pero me ha querío." Lo estaba, cuando asepte con resignación la compañía pa siempre de Bastián na más que pa no estorbarte; lo estaba, cuando creí que ya me querías como a una hermana na más, y que a mi María Jesús na le faltaría aunque yo me muriera; lo estaba hase un instante, cuando me dirigí a ti con súplicas y lágrimas pa que no nos echaras; pero ya no lo estoy, no; he vuelto a la razón; ya te reconosco: eres el mal nasío; el criminal de alma negra; el orguyo; mi castigo, mi vergüenza, mi odio, ¡mi condenación!... ¡Cobarde!... ¡C o b a r d e!... (*Escupiéndole.*) ¡¡¡Cobarde!!!...

CARLOS (*Tapándole la boca.*) — ¡Calla!... ¡Calla!...

CARMEN (*Forcejeando, y a media voz.*)— ¡Cobarde!... ¡Cobarde!... ¡Cobarde!... (*Cae sobre uno de los bancos.*)

ESCENA X

DICHOS y SÉNECA, por el foro, y luego, MARÍA JESÚS

SÉN.—¡Don Carlos!... ¡Don Carlos!...

CARLOS.—¿Qué pasa?...

SÉN.—Muchas cosas... Ahora viene Joaquinito, el arriero, y dise que Bastián, con toos los del cortijo, menos Antoñito, el porquero— ¡más fiel es que un perro!—, y los que han estao cavando los olivos, han cogío al señorito Pepe Luis y a Rafael, que iban pa el pueblo, como osté los mandó, y que los traen p'aca...

CARLOS.—¡Ah, granuja!...

SÉN.—Disen que vienen a cobrar los jornales por la fuersa, y que pa eso han cogío ar señorito...

MARÍA. (*Entrando espantada.*)—¡Madre!... ¡Madre!... Padre ha sublevao a toos los del Cortijo y se ha unío con los que pasaron en manás esta mañana y han cogío a l'pepe Luis, y p'acá vienen dando muchas voses... con asaaás y con palos... (*Se oye la algarabía de los trabajadores.*)

CARLOS. — ¡Granujas!... ¡Pronto!, encended! A ver, Séneca, ¿tienes un par de escopetas? ¡Bribones!

SÉN.—Don Carlos..., que no está la cosa pa enseñar dos escopetas na más, que son lo menos cincuenta y... levantiscos, y con Cristóbal a la cabeza... (*María Jesús ha encendido los candiles y ha cerrado la puerta.*)

MARÍA.—¿Qué hacemos, madre?... (*Llaman a la puerta fuertemente.*)

CRIST. (*Desde fuera.*) — ¡Casera!... Casera!...

CARLOS (*A Carmen.*)—¡Abre!

ESCENA XI

DICHOS; PEPE LUIS, BASTIÁN, CRISTÓBAL, JOAQUINILLO, ANTOÑICO, LOS TRABAJADORES *que salieron en el primer acto y treinta o cuarenta hombres más, quedando la mayor parte en la puerta y al fondo, en la era. Vienen negros sucios y llenos de polvo, todos con azadas y palos.*

CRIST.—¡ Güenas noches!... *(Todos han entrado. Pepe Luis se ha colocado al lado contrario de su padre.)* ¡ Güenas noches, don Carlos!... Creíamos que no estaba osté aquí... Si no llega a ser por Bastián, tenemos que ir al pueblo a buscarle.

CARLOS.—Bueno, sin discursos; ¿qué queréis?

CRIST.—Aquí, su hijo, que ya lo hemos enterao, dirá a osté...

CARLOS.—¿ Le traéis de diputado?...

CRIST.—No queremos diputados; nos sobran los que ostés nos han hecho votar.

CARLOS.—¡ Bueno; acabemos!

CRIST.—Pa acabar es menester antes em-
pesar.

CARLOS.—Pues empecemos.

CRIST.—Empesemos. *(Mira a los demás, y éstos se acercan.)* Venimos a cobrar los jornales de hoy. *(Preguntando a uno de los compañeros.)* ¿ Cuántos somos?

TRAB. 1.º—Sincuenta y dos.

CRIST.—Ya lo oye osté: cincuenta y dos, que a dos pesetas—no dirá osté que los ponemos caros, nos hasemos cargo de too—, son, si no mos hemos equivocao en los números, sienta cuatro pesetas, que son veintiún duro, menos una peseta.

CARLOS.—Eres un gran matemático. Las cuentas están muy bien echadas; pero hay un pequeño inconveniente, y es que yo no os he mandado que fuerais a cavar mis olivos.

CRIST.—Sí, pero nosotros tenemos que comer.

CARLOS.—Pero no a mi costa y forzosamente.

TRAB. 1.º—De osté no comemos, ni queremos comer; comemos de la tierra, en pago de nuestro trabajo.

CRIST.—Misté, don Carlos: no tenemos ni un peaso de pan que llevar a nuestras casas; los olivos, osté lo sabe bien, están necesitaos de trabajo; la tierra pide lo suyo; nosotros somos los serviores de la tierra, y ahora que mos nesecita, y que tenemos hambre, ¿qué quien ostés, que robemos?... Entoavía no queremos robar, y hemos preferío dar a la tierra el trabajo que está pidiendo, y si pa os-

tés ha de ser aluego la aseituna, justo es que mos paguen los jornales.

CARLOS.—¡ Magnífica teoría!... ¿ Adónde iremos a parar por ese procedimiento? Yo le siento mucho, pero no puedo pagar unos jornales que yo no os pedí. *(Movimiento en los trabajadores.)*

TRAB. 2.º — Sólo peímos los jornales de nuestro trabajo.

CARL.—De un trabajo que yo no os pedí...

TRAB. 3.º—Pero hemos cavado sus olivos...

CARLOS.—Pues ir a descavarlos. *(Gran movimiento de protesta.)*

TRAB. 1.º—¡ A la juersa!...

TRAB. 2.º—¡ A quemar los almiarés!...

CRIST.—¡ Callarse!... No tie osté razón, don Carlos, y... no tie osté a los seviles; mejor es que mos pague osté.

CARLOS.—Será por la fuerza.

CRIST.—¡ Por la fuersa... y por la razón! Ya lo saben ostés los propietarios: en cuanto holguemos, y la tierra nesecite trebajo, la trebajaremos.

CARLOS.—Será si os lo consentimos.

CRIST.—Pos si no mos dejan trebajar..., habremos de buscar los jornales con menos esfuerzo..., y basta de palabras: somos cincuenta y dos, conque a dos pesetas... *(Movimiento en el grupo que avanza.)*

CARLOS *(Sacando un billete de cien pesetas, que le tira a Cristóbal.)*—¡ Tomad!...

CRISTÓBAL *(Recogiéndolo tranquilamente.)* Le perdonamos a osté las cuatro pesetas que fartan: no tenemos cambio de otro billete... Y... mandar. Verá osté que bien le sienta a los olivos la labor con la primera agüilla que caiga. ¡ Güenas noches!... Y... ¡ hasta otra! *(Van saliendo silenciosamente.)*

ESCENA XII

DON CARLOS, PEPE LUIS, SÉNECA, BASTIÁN, CARMEN y MARÍA JESÚS

CARLOS *(Paseándose.)*—¡ Bien! ¡ Bien está!... ¡ Bien!... *(Encarándose con Bastián.)* ¿ Y tú tienes la poca vergüenza de quedarte aquí? Pues esta noche no duermes en el cortijo.

BAST.—Yo tengo que dirme al pueblo...

CARLOS.—Pues ya tardas. *(Asomándose a la puerta del foro.)*—¡ Bandidos!...

CARMEN *(A Bastián.)*—¿ Qué hasemos?...

BAST.—Quearos aquí. Ya me llamará; no pue pasar sin mí. *(Sale por la izquierda.)*

SÉN.—Se han dío toos...

CARMEN.—¿ Por qué?...

SÉN.—Pos... por la anarquía.

CARMEN *(A Pepe Luis.)*—¿ Van a dormir aquí los señores?...

CARLOS.—No ; volveremos ahora al pueblo. Vosotras podéis quedaros hasta mañana, que se encargará de todo Séneca.

SÉN.—¿Van a ir solos los señores?... Si quieren, puedo acompañarles...

CARLOS.—Bueno. Así charlaremos por el camino ; tengo que darte instrucciones. (Saliendo.) Hasta mañana. (Desde la puerta.) poca luz nos queda para el camino.

PEPE (A María Jesús.) — ; Hasta mañana!... (Salen.)

ESCENA XIII

CARMEN y MARÍA JESÚS

MARÍA (Abrazando a su madre.)—; Madre, tengo miedo!...

CARMEN.—Yo pena, hija.

MARÍA.—; Pena?...

CARMEN.—Sí ; me duele mucho el corazón. (Pausa.)

MARÍA.—; Qué malos son los hombres, madre!...

CARMEN.—Esos pobreticos, no ; tien ham-

bre... Los malos son los que tien hartura, hija. (Pausa larga.)

MARÍA.—Y... ¿padre es malo?...

CARMEN (Besando a María Jesús.)—; Hija!... (Pausa. Carmen ordena las cosas de la habitación. María Jesús, en la puerta, mira al campo, ya en noche oscura.) Tengo frío... Sierra la puerta... (Se sienta junto a la lumbre.)

MARÍA (Cerrando la puerta, que atranca, y sentándose al lado de su madre.)—; Hoy no se ve la estreyita!... (Pausa. Asustada.) ¿Ha oído usted, madre?...

CARMEN.—; Qué?...

MARÍA.—Como si hubieran abierto la puerta del corral.

CARMEN. — Está serrá... Será el viento... (Pausa. Escuchan.) No se oye na.

MARÍA.—; Y ánde iremos ahora?...

CARMEN.—; Sabe Dios, hija!...

MARÍA (Comienza a rezar el Padrenuestro, sólo perceptible por el movimiento de los labios ; después, muy bajito, se le oye decir :) “Venga a nos el tu Reino...”

CARMEN.—“Hágase tu voluntad...”

MARÍA. — “Así en la tierra...” (Telón lento.)

ACTO TERCERO

Habitación de entrada en la planta baja en casa de D. Carlos. A izquierda y derecha puertas. Al foro cancela, portal y calle del pueblo. Al foro izquierdo ventana con reja que da también a la calle.

ESCENA PRIMERA

ANA MARÍA y MILAGRITOS

ANA (Ama de llaves de dor, Carlos. Mujer de cincuenta años.)—; Has comprado los polvorones?

MILAG.—Sí, señora.

ANA.—; Has emboteyao er vino?...

MILAG.—Sí, señora.

ANA.—; Has sacao la mantelería fina?...

MILAG.—Sí, señora.

ANA. — ; Las serviyetas, las cuchariyas, too?...

MILAG.—Sí, señora ; sí, señora ; sí señora...

ANA.—; Jesús, hija, qué nerviosa estás!

MILAG. — Mu nerviosa, mu nerviosa, mu nerviosa...

ANA.—Con una ves que me digas las cosas tengo bastante ; no soy sorda.

MILAG.—Está bien, está bien, está bien.

ANA.—; Otra ves?...

MILAG.—Osté perdone... (Pausa. Limpian las sillas y el sofá y ponen un mantelito sobre el velador.) ; Jesús, y cómo está er pueblo! Mi papá, que tie cincuenta años, dise que nunca lo ha visto así de revolucionao...

ANA.—La anarquía, hija... Se ha perdido el temor a Dios y el respeto al señorío...

MILAG.—Disen que sa díó toa la gente de los cortijos... ¿Del “Chaparral” también?

ANA.—; A ver!... Las inquinias mayores son contra don Carlos...

MILAG.—Es que disen que don Carlos, el

señor, es el culpable de que no hayan alojao a los obreros en las casas de los señores, como s'ha hecho otros inviernos...

ANA.—Y ha hecho mu requetebién; después de aquello de cavar los olivos a la fuerza y de cobrar los jornales a la fuerza también, no era cosa de darles dulces. Y si no, ya ves como toos los propietarios se han puesto de su parte y hasta la Casica la dao la razón...

MILAG.—Pos yo tengo mucho mieu; toos disen que la primera casa que van a quemar es ésta.

ANA.—No tengas cudiao, que mañana viene más Guardia sivil de Córdoba.

MILAG.—Farta hase, que hoy no hay ni un sivil en er pueblo; toos están en la campiña, y aun así disen que no dan abasto pa acudir a toos los cortijos que están ardiendo. (Pausa.) Oiga osté: ¿y se sabe qué ha sío de Carmen y de María Jesús?...

ANA.—Ni una palabra. Dise Séneca que salieron solas a la mañana siguiente del día que las despidió don Carlos, y que no ha vuelto a saber de ellas.

MILAG.—¡Probesiyas!... Sabe Dios si andarán perdías por esos campos... ¿Y al sinvergüenza del marío, no le importa na?...

ANA.—Por lo visto.

MILAG.—¿Y es verdá que el señorito Pepe Luis anda enamoriscao de la María Jesús?...

ANA.—Eso ya no es cuenta tuya ni mía; no te metas en camisa de onse varas...

MILAG.—Pos él anda por ahí, con Séneca, a ver si las encuentra...

ANA.—¡Bueno! Te he dicho que eso no es cuenta tuya; y que no te oiga don Carlos, porque te planta de patitas en la caye. (Pausa.)

MILAG.—¿Quiénes van a venir?...

ANA.—¡Pero qué entrometía eres! Te lo diré para que no hagas fábulas. Viene la Junta de propietarios, el alcalde, don Pablito el secretario y doña Rosita.

MILAG.—¿La Casica?... ¡Josú, y qué templá es!...

ANA.—Ves poniendo los platos y los fruterros y las copas, que ahora vengo yo. (Sale por la derecha.)

ESCENA II

MILAGRITOS y JOAQUINILLO

JOAQ. (Asomándose a la cancela.)—¡Polvorilla!...

MILAG.—¡Cohetiyo!...

JOAQ.—¡Abreme, chiquiya!

MILAG.—Pa rato ties. ¿Le paese a osté bien toa la tarde de parranda?

JOAQ.—¡Mía que traigo notisias mu interesantes!...

MILAG. (Abriendo la cancela con gran precipitación.)—Entra ya, pelmaso, y no te tardes en contarme toas esas cosas, sin dejarte na... ¡Anda ya!

JOAQ. (Riendo.)—¡Eres más curiosona!...

MILAG.—¡Anda ya y no me quemes la sangre!...

JOAQ. (Tomando coraje y con vertiginosa rapidez.)—Pos allá va. Que er pueblo está que arde. Que los seviles están persiguiendo a los trabajaos. Que se están quefando dies cortijos. Que el "Chaparral" es una hoguera. Que han visto a Carmen y a la María Jesús por el campo toas destrosás. Que "la Araña", que ahora viene p'acá, ha visto muchas cosas. Que Bastián ha hecho tralición a los trabajaos, y que es un Júas, que ahora está con los amos. Que disen que los trabajaos se han juramentao pa matarlo. Que... (Parándose de pronto.) ¡Que ya lo he desembuchao too!

MILAG.—¡Despasio, despasio, que casi no me he enterao de na!...

JOAQ.—¡Ah! ¿Te lo he de contar de prisa y, además, espasio? ¡Pos no eres tú poco desigente!...

MILAG.—Güeno, ¿y qué?... Lo de la Carmen y la María Jesús, que es por lo que más curiosiá tengo...

JOAQ.—¿Curiosiá tú? No te calurnies, chiquiya.

MILAG.—¡No seas permaso!... Anda, dime eso de la Carmen y de la María Jesús!...

ESCENA III

DICHOS y LA ARAÑA

ARAÑA (Desde el portal.)—¡A la pas e Dios!

MILAG.—Güenas tardes... Pase osté, tía Araña...

ARAÑA.—Déjame que me asiente, hija, y dame una poquiya e agua por lo que más quieras, que tengo la garganta más reseca y empolvá que esos campos y esos caminos...

JOAQ. (A Milagritos.)—Te advierto que ésta le llama agua ar vino. Dale una copiya, y verás cómo te lo agradese...

MILAG. (Dándole una copa de vino.)—To-re osté.

ARAÑA.—¡Gracias a Dios que he tropesao con un sitio ande la gente tiene entendaderas. Vengo e la Casa grande...

MILAG.—¿De ca la Casica?...

ARAÑA.—De ca la Casica. Y si pa too jue-ran lo mismo de honraos y de verases, iban a ser los más queríos der pueblo; pedí agua,

y ¡agua me dieron! Allí no quien engañar a naide... En eso del agua no más. (*Paladeando con fruición el vino.*) ¡Y que está güena e verdá la sangre e Cristo!... ¡Anda, mosita, se güena der tóo, y échame otra copiya, que con una ruela no anda un carro!...

MILAG. (*Con miedo.*)—¡Vaya la última!

ARAÑA.—¡No digas esaboriciones!... Si supiea e verdá que era la última, me tiraba ar poso...

JOAQ.—¡Misté que tié agua!...

ARAÑA.—No has estao pesao. Anda, yama a don Calos.

MILAG.—Er señor no está.

ARAÑA.—¿No está? Pos yama a la Ana María, que es medio señora.

MILAG. (*Llamando desde la derecha.*)—¡Ana María!... ¡Ana María, venga osté!...

ESCENA IV

DICHOS y ANA MARÍA

ANA. (*Entrando por la derecha.*)—¿Qué pasa?...

ARAÑA.—Güenas tardes. Ná, yo que venía a ver a don Carlos, pa darle una mala notisia. Que del Chaparral no quea ná a estas horas. Está ardiendo la casa y las cuadras, y las porqueras, y los almiarés... Los animales andan juíos por el campo, y aqueyo es una desolación. Antoñico está hasiendo esfuerzos por recoger el ganao. Estuve hablando con él, cuando yo venía de la Riverita, que a estas horas estará ardiendo también, y me encargó que le diera la notisia a don Carlos, pa que le mande rasón de lo que ha de baser, y algunos hombres pa que le ayúen...

ANA.—¡Válganos el Señor!... Pos don Carlos no está ahora, y yo no sé qué dispondrá... Vete tú pa allá Joaquinito, pa ayudar a Antoñico, y ver de que no se pierda el ganao.

JOAQ.—¿Yo solo?...

ARAÑA.—Anda, que a ti no te robarán ná.

MILAG.—¿Pero vas a tener mieo?...

JOAQ.—Mieo, mieo, mieo... Lo que se discue...

ARAÑA.—Anda, que por allí no güerven ya.

ANA.—Coge el cabayo, y de un galope allí. ¡Corriendo!

JOAQ. (*Saliendo por la derecha.*)—Güeno, pero que vaya más gente desegüía.

MILAG. (*A la Araña.*)—¿Cómo trae osté la cabeza!...

ARAÑA.—Como un dormitorio e monas. Es que no ha dío hoy la peinaora a mi casa.

ESCENA V

ANA MARÍA, MILAGRITOS. la ARAÑA, don CARLOS y BASTIÁN

MILAG. (*Abriendo la cancela.*)—¡El señor!

CARL. (*Entrando con Bastián.*)—¡Hola! Ya sé a lo que has venido, Araña; me lo acababan de decir en casa de doña Rosita. Gracias por el recado. Dejarnos ahora; tengo que hablar con Bastián.

ARAÑA.—Mi señó don Carlos, si quisiea osté darme una pesetiya siquiea, que aún no me he esayunao hoy.

CARL.—Si fuera para comer...

ARAÑA.—Yo le juro a osté...

CARL.—No jures y toma la peseta, y conviértela en lo que más te apetezca. No están los tiempos para moralizar.

ARAÑA.—Tié osté rasón, que son estos tiempos como no se vieron nunca. Yo no me enrecuerdo...

CARL.—No, discursos, no; porque te quite la peseta. (*La Araña se dirige a la puerta.*) Anda con Dios.

ARAÑA.—Güenas tardes. (*Sale.*)

ANA.—¿Manda osté algo?...

CARL.—Nada. (*Salen Ana María y Milagritos por la derecha.*)

ESCENA VI

Don CARLOS y BASTIÁN

CARL.—¡Bueno!... Acabemos, que las cosas van demasiado deprisá.

BAST.—Pos osté ya sabe... La cosa es difisiliya y mu comprometía... Yo me juego muchas cosas, porque aunque tó esto pase, que pasará, después... después han de quear muchos enconos, y los que naigamos estao del lao de ostés..., pos no podremos ir a denguna parte...

CARL.—No te preocupes por eso, que tá pronto te acomodas en todas partes. Conmigo estuviste veinticinco años, y en una tarde cambiaste, y en el Cortijo entraste capitaneando a los revoltosos. Aún no hace seis días de esto, y ya estás aquí con nosotros, en contra de tus compañeros.

BAST.—Ya le he contaó a osté por qué fué. Me segó el que mos echara osté del Cortijo, y el que creyera osté que yo escondía ar señorito Pepe Luis. No esconffie osté de mí, don Carlos...

CARL.—Bien está; bien está. ¿Para qué

más explicaciones?... Bueno, tendrás el dinero ese, pero ya sabes lo que hay que hacer. Enterar a la Guardia civil de todo lo que tiene preparado esa gente; de dónde se reúnen, y sobre todo, del modo de pescar a los cabecillas, especialmente a Cristóbal y al aventador aquel que estuvo en el Chaparral.

BAST.—Descudie osté, que quedarán ostés los popretarios contentos de Bastián

CARL.—Pues andando.

BAST.—Güeno. ¿No quíe osté denguna cosa más?...

CARL.—Sí; que se evite en lo posible que haya sangre. Que no crean que soy el tigre que suponen. Anda con Dios. (*Bastián va a salir.*) ¿Oye?... ¿No has sabido de tu mujer y de tu hija?...

BAST.—Sé que estuvieron en el Cortijo "La Riverita" allí recogías por la casera. Como Carmen tié ese genio... Ya vendrán a güenas...

CARL.—Está bien. Adiós.

BAST.—Con Dios. (*Sale por el foro.*)

ESCOENA VII

Don CARLOS, doña ROSITA, don TOLICO, don PABLITO, y después don FERNANDO, don RAMÓN y FRASQUITO

ROSITA. (*Al entrar en el portal acompañada de don Tolico y don Pablito, dice a Bastián, que sale.*)—Ya sé que has vuelto al buen camino, Bastián.

BAST.—Siempre pa servir a la señora... (*Sale.*)

CARL.—Rosa, Rosita. ¿Qué tal Tolico? ¿Hola, don Pablito!... (*Entran y se sientan.*) ¿Has venido sola?...

ROSITA.—No, bien acompañada; con el alcalde y el secretario. Estaban en casa... ¿Quiénes más han de venir a la reunión?...

PABL.—Don Fernando, don Ramón y Frasquito. Son los citados previamente. Los otros concejales, los disidentes, dijeron que acudirían si la reunión era en el Ayuntamiento...

ROSITA.—No era cosa de que yo asistiera a una sesión.

PABL.—Pero debieron percatarse y hacerse cargo de que la anormalidad de la situación... ¿Eh, señor alcalde? (*Don Tolico, como siempre que don Pablo se dirige a él en interrogación, asiente con la cabeza y un ligero gruñido.*)

CARL.—Ha sido un gran pretexto para escurrir el bulto y huir responsabilidades.

PABL.—Serán ustedes en la reunión cinco concejales; es decir, mayoría; porque los disidentes son tres y los republicanos otros

tres, con los que para nada contamos; en primer lugar, porque desde hace un año no asisten para nada al Ayuntamiento, y además porque en esta ocasión se hubieran manifestado en nuestra contra, ya que ellos, como deben sus votos a esa desgraciada chusma, tendrían que haberla defendido. (*Mirando al alcalde.*) ¿Eh? (*Asentimiento y gruñido de don Tolico.*)

ROSITA.—Bueno; dejémonos de historias... Si ellos creen que sus odios políticos, y sobre todo sus odios a mí, valen más que la gravedad de estos momentos, allá ellos...

CARL.—Tienes razón, y en cuanto vengan los que faltan, manos a la obra; lo que no se puede tolerar, ni por un instante más, es el vivir en esta tensión y bajo estas amenazas; si no tomamos medidas enérgicas, estamos perdidos para lo sucesivo. (*Don Fernando desde el portal, acompañado de don Ramón y de Frasquito.*)

FERN.—¡Buenas tardes! (*Entran.*) ¿Qué tal, Rosita?...

RAM.—Creí que no te determinabas a venir; eres un valiente!...

FRASQ.—Güenas tardes a tóos...

CARL.—Sentaros...

FRASQ. (*Dándole un fuerte golpe en la espalda a don Tolico.*)—¡Hola, alcalde!

TOLICO.—¡Hola!...

CARL.—Bien; sobre la marcha. Con tu permiso, Rosita. La reunión ha sido aquí para que asistiera Rosita, y no ha sido en su casa, para que los disidentes, como les llama don Pablito, pudieran asistir si querían. El objeto ya podeis suponerlo; tomar acuerdos para solucionar esta situación, que no puede prolongarse más tiempo.

FERN.—Sin más Guardia civil, no se puede pensar en nada.

ROSITA.—Hoy me escribe mi hijo diciéndome que mañana salen fuerzas para acá.

FRASQ.—Pos yo creo que hay que hacer algo desegura. Los seviles que hay en el pueblo ya están por esa campaña; er peligro ahora está aquí, en er pueblo, onde mos van a dar un susto cuando menos lo pensemos. Ostés no se lo qué pensarán, pero yo tengo cinco hijos y er capital que tengo lo he ganao trabajando desde segaor a propietario que soy hoy día, y a mí no hay quien me robe lo que yo he ganao trabajando, y propongo que cada uno cojamos una escopeta y que seamos cada uno un sivil; y trabajaor de los levantiscos que entre en el pueblo, trabajaor levantisco que se mete en la cársel, y si hay que andar a tiros, pues a tiros; luego ya vendrán las razones, pero si ellos están por las malas, por las peores nosotros.

PABL.—Acaso exagere usted un poco Frasquito, porque eso de armar a los ciudadanos

sería, quizá, para el señor alcalde, una grave responsabilidad... El abuso de autoridad... ¿Eh?... (*Asentimiento de don Tolico.*)

FRASQ.—Déjense ostés de monsergas; lo que no podemos es continuar así... ¿Qué dise el alcalde? (*Don Tolico calla.*)

CARL.—Yo creo que tiene razón Frasquito.

ROSITA.—Acaso sea necesario llegar a eso...

FERN.—Sí..., podíamos armar a nuestros criados...

RAM.—Eso es, y unidos con los guardias municipales y los serenos...

FRASQ.—¡Pamplinas, pamplinas y pamplinas!... ¡Hay que dar la cara!...

CARL.—Estoy conforme, y lo mismo pensaba proponer. Creo que debe constituirse una guardia permanente en el Ayuntamiento, para acudir adonde haga falta...

PABL.—Perdone usted, un momento; para esa determinación se precisa una reunión a priori en el Ayuntamiento de todos los vecinos, para que presten su conformidad a tan trascendentalísimo acuerdo. ¿Eh, señor alcalde? (*Don Tolico está mudo. Todos esperan su respuesta. Pausa. Levantándose.*) ¡Hasta que el alcalde no güerva en sí, no se pué haser ná!...

ROSITA.—Tiene razón. Tolico hay que desidirse...

TOLICO.—Yo..., yo... Si osté lo manda, doña Rosita... Si toos los consejales de la mayoría lo quieren...

CARL.—Bueno, pues ya de acuerdo, y como el tiempo no apremia, tú, Tolico, debes irte al Ayuntamiento y ordenar un pregón, para que acudan los vecinos, y proponerles lo que aquí acabamos de acordar. ¿Conformes?...

FRASQ.—Conformes, y yo voy a los Casinos para correr la notisia. ¿Vamos, don Fernando, don Ramón?...

FERN.—Vamos...

RAM.—Vamos allá... ¡Quiera Dios!...

ROSITA.—Si me acompañais...

FRASQ.—Pues no fartaba más...

PABL.—Un momento, señores. La redacción del pregón.

CARL.—Sin literatura, don Pablito; sin literatura. (*Despedidas, saludos, salen todos.*)

ESCENA VIII

SÉNECA, PEPE LUIS, CARMEN y MARÍA JESÚS y don CARLOS

PEPE. (*Aparecen en el portal los cuatro, cubiertos de polvo. Carmen y María Jesús, destrozadas y harapientas.*)—¡Pasad!

CARL.—¿Qué es esto?... (*Han entrado en silencio, quedándose junto a la cancela.*)

PEPE.—Esto son dos pobres mujeres, que vamos a cuidar y a cobijar en esta casa; porque, aunque no tuviéramos otros más grandes deberes que cumplir con ellas, hay un deber de humanidad que nos lo manda. Séneca, acompaña las a la cocina, que coman y que descansen. (*Carmen y María Jesús no se mueven.*) Andar..., andar, desgraciadas..., y ¡perdonarnos a todos! (*Acompañadas por Séneca, salen por la derecha. Larga pausa, en la que ni don Carlos ni Pepe Luis saben comenzar.*)

ESCENA IX

Don CARLOS y PEPE LUIS

CARL.—Veo que dispones en jefe...

PEPE.—En jefe, no, padre...

CARL.—Tus últimas palabras a esas dos mujeres, han sido como una recriminación a mí.

PEPE.—No han sido de recriminación, padre, sino de justicia. ¿No has visto cómo han llegado hasta aquí las pobres?... Hambrientas, rendidas, cubiertas de andrajos, y lo que es más irreparable, con el alma destrozada y sin una esperanza en el corazón... Junto a la hondonada de la higuierilla las encontré, escondidas como animales hambrientos y perseguidos, detrás de unas zarzas... No querían seguirnos a Séneca y a mí; ha sido precisa toda mi autoridad y casi toda nuestra fuerza para conseguir traerlas con nosotros... En los Cortijos cercanos al Chaparral—¡en los que fueron cortijos!—no tenían noticias de ellas. ¿Dónde habrán vivido esas infelices estos días? ¡Cuántas escenas de odio y de destrucción habrán presenciado sus ojos atónitos, que aún reflejan el espanto!... Es necesario, padre, es necesario cuidar de esas pobres mujeres; no abandonarlas otra vez, porque sería inicuo, infame...

CARL.—Yo no las arrojé al campo. Hice lo que cualquiera otro hubiera hecho en mi lugar. Ellos dieron motivo para salir del Chaparral. Veinte años llevaban allí, y otros veinte hubieran continuado de portarse bien... Las daremos algún dinero... Las tendremos aquí unos días..., mientras encuentran otra colocación o Bastián se las lleva, pero más, ni puede hacerse, ni debo, ni quiero hacerlo yo: ¿Es bastante?... Porque ya por lo visto, voy a necesitar que tú apruebes todos mis actos... (*Pausa.*)

PEPE.—No es bastante, padre...

CARL.—¿Cómo?...

PEPE.—Que no es bastante.

CARL. (*Exaltándose.*)—¿Qué quieres entonces?... ¿Tener a la niña en casa constantemente?... ¿Que tu padre de ocasión y motivo?... ¿Que autorice después?...

PEPE.—¡Padre!...

CARL.—¡Vamos!... Te desconozco, Pepe Luis; jamás tuviste esos atrevimientos conmigo, y me desconozco también; nunca imaginé que yo te los consintiera. ¡Basta ya!... Hemos hablado suficiente de esta cuestión (*Pausa. Cambiando de tono.*) Tienes que ir ahora al Ayuntamiento, para enterarme de lo que allí se acuerde en definitiva. (*Pepe Luis no se mueve.*) ¿No has oído?...

PEPE.—Sí, padre; pero... Antes es necesario que sepamos lo que va a ser de esas pobres mujeres.

CARL.—¿Otra vez?... ¡Esto ya es intolerable!...

PEPE.—¡Yo no quiero que lo sea, padre!... ¡Perdóname!... Pero es necesario hacer justicia, y... ¡eres tú quien debe hacerla; quien yo quiero que la haga, porque eres mi padre!

CARL.—¡Estás poniendo a prueba mi paciencia! ¿Estás loco, Pepe Luis?

PEPE.—No, padre; pero pudiera volverme ante tu injusticia...

CARL.—¿Injusto yo?...

PEPE.—Sí; acaso, sin quererlo, sin darte cuenta de ello, porque está en ti la injusticia de este ambiente, de este medio. Para los hombres, para los señores de este pueblo, y de tantos otros, no es injusticia, ni siquiera leve pecado, el cercar a una mujer, cuando aún es niña, e ir estrechando el cerco día por día, minuto por minuto, ayudándose de todas las circunstancias, de todos los poderes, de todos los mayores engaños que dan la posición, la autoridad y el dinero. Después, satisfecho el capricho—no les llevó a ello ni aún la disculpa de la pasión—, hay que quitar el estorbo para la futura paz egoísta del hogar, y entonces no falta el marido desaprensivo, ni el Cortijo lejano donde esconder, como trasto arrumbado, a la pobre mujer, ¡que tiene un alma y un corazón, que acaso entregó al caprichoso señor!

CARL.—¡Pepe Luis!...

PEPE. (*Cada vez más exaltado.*)—¡Pero esto no tiene importancia; nada significa; hicieron igual sus padres con las madres de aquellas desgraciadas!... ¡Es la vida; la vida ruín pobre de corazón y de ideales sobre estas tierras magníficas, donde los humildes trabajan para que los señores feudales triunfen!...

CARL. (*Fuera de sí, levantando la mano contra su hijo.*)—¡Miserable!...

PEPE. (*Cogiendo la mano de su padre y besándola.*)—¡Perdón, padre, perdón!... ¡Tú no serás así, no!... ¿Verdad que no? (*Abrazándole y besándole.*) Tú serás justo, serás bueno..., porque eres mi padre! ¡Mi padre!...

(*Queda abrazado a él, llorando. Don Carlos, abatido. Pausa.*)

CARL.—¡Basta, basta! ¡No seas cruel, Pepe Luis; yo no lo fuí nunca contigo!... ¿Qué pretendes? ¿Que deje dentro de mi casa a la mujer que quieres? ¿Quieres que se repita en ti esa historia de la que tú mismo has maldecido?... ¿La que acabas de arrojar a las canas de tu padre?...

PEPE.—¡Yo te respondo..., yo te juro!...

CARL.—No jures, que acaso la tentación fuera mayor que tu virtud... Yo te prometo que serán atendidas, que no quedarán abandonadas esas dos mujeres, que yo las pondre en condiciones de que puedan virvir honradamente... ¡Te perdono tu locura de un momento, y se humano y bueno al juzgar a tu padre, para que tus hijos te juzguen también con bondad en su día!... (*Sale por la derecha.*)

ESCENA X

PEPE LUIS y MARÍA JESÚS

MARÍA. (*Entrando muy despacito por la derecha.*)—¡Pepe Luis!...

PEPE. (*Que quedó sentado.*)—¿Quién?... (*Levantándose.*) ¡María Jesús!...

MARÍA.—Sí, María Jesús, que viene a decirte adiós.

PEPE.—¿Adiós?...

MARÍA.—Sí... Es necesario... Madre y yo hemos determinado marcharnos...

PEPE.—¿Marcharos?...

MARÍA.—Sí... A un pueblo de al lao, ande madre tiene unos parientes...

PEPE.—¿A vivir de limosna?...

MARÍA.—No; a trabajar...

PEPE.—No penseis locuras. Eso mismo podreis hacerlo aquí, en mejores condiciones. Ahora mismo acaba de decirme mi padre que...

MARÍA.—¿Don Carlos?... ¡No queremos nada de don Carlos!

PEPE.—¡María Jesús!...

MARÍA.—No; no podemos querer nada de él.

PEPE.—¿Por qué?...

MARÍA.—Lo sabes tú; yo... lo he sabido también.

PEPE.—¿Tú?...

MARÍA.—Sí... El otro día, se lo dijo padre a madre cuando riñeron, porque no queríamos dir con él. (*Llorando.*) ¡Delante de mí lo dijo!...

PEPE.—¡Pobrecilla!...

MARÍA.—Tú lo sabes también... ¡Por eso tenemos que marcharnos de aquí!... ¡De esta casa!... ¡De este pueblo!... ¡Der mundo quisierairme yo!... ¡Tengo una vergüenza!...

¡Y ha sío tu padre; tu padre, Pepe Luis!...
(Pausa.)

PEPE.—Tú no tienes culpa... Quizás ellos tampoco... Ha sido... la vida, la fatalidad... Ya ha pasado mucho tiempo; todo está perdonado; ¡A qué pensar ahora!... Olvida tú también... ¡Olvidemos todos!... (Se acerca a ella para acariciarla.)

MARÍA. (Dando un grito.)—¡No!... ¡No te aserques a mí; no te aserques! Tengo miedo, Pepe Luis... ¡Perdóname!... No es que piense na malo de ti, pero no sé..., sin poerlo remediar me das miedo...

PEPE.—¡María Jesús!...

MARÍA.—¡Perdóname!... No me guardes rencor..., y ¡gracias, Pepe Luis!... Dios te pague el bien que nos has hecho y tu güena voluntad!...

PEPE.—No; no podeis marcharos, y así menos... ¿Odiándome tú?... ¿Causándote yo miedo?... No, María Jesús, no... Ven acá, pobre criatura, que aún tienes en el corazón y los ojos el horror de estos días crueles que han herido tu alma. No, yo sabré convencerte de mi cariño, que quizá fué un deseo al principio, pero hoy es ilusión hecha con tus dolores y con tus lágrimas. ¡Ven, María Jesús!... ¡Ven, pobre niña!... (Yendo hacia ella.)

MARÍA (Con horror.) — ¡No!... ¡No, Pepe Luis, por Dios!

ESCENA XI

DICHOS y JOAQUINILLO

JOAQ. (Muy asustado, desde el portal.)—¡Abra osté, señorito Pepe Luis!... (Al entrar y ver a María Jesús.) ¡Ah! ¿Estás tú aquí? ¿Y no sabes ná?...

PEPE.—¿Qué dices, hombre?...

JOAQ. (Sin saber cómo decirlo.)—Ná... Digo sí...

PEPE.—¡Habla claro!...

JOAQ.—Si es que... como está aquí la María Jesús...

PEPE.—¡Acabarás!... ¡Venga lo que sea ¡Pronto!

JOAQ.—Na... Que salí yo pa el Chaparral, pa onde me habían mandao, y cuando ya estaba cerca, vi venir a Bastián corriendo, y detrás muchos hombres tirándole piedras...

MARÍA.—¡Nuestro Padre Jesús!...

JOAQ.—Le habían quitao el cabayo y le seguían... le seguían..., y ya le alcanaban, cuando e pronto uno de los que le encorría sacó una pistola mu grande y... ¡na, que le dió un tiro!...

MARÍA.—¿Lo han matao?...

JOAQ.—No... De pronto, no; pero espúes, cuando se fueron ellos, yo ma aserqué y..., y... sí estaba muerto.

MARÍA.—¡Madreeé!... (Gritando.) ¡Madre!...

PEPE. (Sosteniendo a María Jesús.)—¡Qué bruto eres, Joaquinillo!

JOAQ.—Me mandó osté que lo contara...

ESCENA XII

DICHOS, don CARLOS, CARMEN y SÉNECA, que entran precipitadamente.

CARM.—¡Hija!...

MARÍA. (Abrazándose a su madre.)—¡Madre!... ¡Que!... ¡Que han matao a padre!...

CARM.—¿Qué?

MARÍA.—Sí... Como a un perro, a pedradas... ¡Joaquinillo lo ha visto!... (Todos miran a Joaquinillo.)

JOAQ.—Sí... Yo lo he visto... (Pausa. María Jesús llora abrazada a su madre.)

CARM.—¿Pero quién lo ha matao?...

JOAQ.—Toos... Muchos trabajaos de los revolucionaos... Ellos desían que por traidor...

CARM.—¡El Señor lo haiga perdonao!... (Pausa.)

JOAQ.—También desían cosas contra el señor. (Señalando a don Carlos.) En esto llegaron los seviles, y ellos echaron a correr. Tan sólo cogieron a Cristóbal y a otros dos... Yo me gorví sin llegar al Chaparral, y ahora ma dicho la pareja que los traía, que al entrarlos en el pueblo sa escapao Cristóbal, y que lo andan buscando... (María Jesús llora desconsoladamente.)

CARL.—Llevaros a esa criatura. (Se llevan a María Jesús. Al ir a salir Carmen.) Carmen... Quisiera hablar contigo, ¿puedes oírme ahora? (Carmen besa a su hija, que lleva Pepe Luis, y se queda.)

JOAQ. (Al salir, a Séneca.)—También desían que matarían a don Carlos, pero yo no me he atrevido a desírselo. ¡Jesú, qué esabborisión!... (Salen todos por la derecha.)

ESCENA XIII

CARMEN y don CARLOS

CARL.—Nemos estado hablando de vosotras Pepe Luis y yo... Ya tenía pensado hacer algo práctico por vosotras, que os permitiera vivir con independencia; la desgracia de ahora, con todos los respetos a la muerte, más bien os favorece que os perju-

dica... Quería hablar contigo, para preguntarte qué es lo que prefieres, para resolver el problema de vuestra vida.

CARM.—¡Gracias!... ¡Muchas gracias, don Carlos!... Pero nosotras hemos determinao marcharnos der pueblo...

CARL.—¿Marcharos?...

CARM.—Sí, señor... Después de too lo pasao, y ahora con esto de la muerte de Bastián...

CARL.—Escúchame un momento y sé razonable, Carmen. Han pasado muchas cosas desde la desagradable escena de la otra tarde en el Cortijo. Yo no guardo rencor ninguno, al contrario, quiero cumplir bien con vosotras, para que desaparezcan todos los odios... Además, es necesario que me ayudes; tú has tenido siempre un claro talento, y comprenderás que hay que separar a María Jesús de Pepe Luis; a los dos nos conviene evitar un tropiezo, que sería muy triste...

CARM.—No tenga osté cuidao; no se repite la historia...

CARL.—¡No recuerdes!... Olvidemos lo pasado...

CARM.—Olviao y bien olviao está por mí. En na de lo pasao pienso ya, que too fué como un mal sueño. Caliente estará aún el cuerpo de Bastián, y me parese que hase muchos años que se murió. Pesaiyas... To paesen malas pesaiyas pasás... Sólo quiero escansar al calor y al cariño de mi María Jesús. ¡Mi María Jesús!... ¡Las únicas risas que ha tenido la vida pa mí! Sí; hay que perdonarlo too; hay que olviarlo too, y hay que dar gracias a Dios, que aunque no nos mande alegrías, ha sío güeno, porque ma dao a mi hija de mi alma... Has lo que quieras de nosotras; ande mandes iremos, pero, ¡por Dios te lo pido! Ande sea, déjanos tranquilas y olvidás pa siempre; que nadie se acuerde de que vivimos; ¡que nos dejen en la pas de un rinconsito!

CARL.—Yo te prometo que nada habrá de faltaros y que podréis vivir como os acomode... Y, acaso no lo creas, sólo quedará tranquilo cuando sepa que vosotras sois dichasas, o al menos, que nada temeis ya de la vida...

CARM. (*Emocionada.*)—¡Gracias, Carlos!... ¡Te creo! ¡Dios te lo pague!... (*En este momento aparece Cristóbal en la reja, mirando hacia todos lados; saca de la faja una pistola, y con ella apunta a don Carlos. Carmen, instintivamente, se coloca delante, cubriendo el cuerpo de don Carlos con el suyo, y grita:*) ¡No!... ¡No tires!... (*Suena un disparo, y cae al suelo.*) ¡Hija!...

CARL.—¡Aquí!...

ESCENA XIV

DICHOS, MARÍA JESÚS, SÉNECA, PEPE LUIS, MILAGRITOS, JOAQUINILLO y ANA MARÍA, que salen al oír el disparo, casi al mismo tiempo.

MARÍA.—¡Madre!... ¡Madre!... (*Se abraza a su madre, que don Carlos tiene incorporada.*)

CARL. (*Señalando a la escalera.*)—¡Por ahí!...

MARÍA.—¡Madre!... ¿Quién ha sío?...

CARM. (*Mientras la colocan en una butaca.*)—Cristóbal... Cristóbal ha sío... Ya no temo na de la vida... ¡Me muero!... ¡No dejes a mi María Jesús!...

CARL.—¡Yo te juro!...

PEPE. (*Terminando la frase.*)—¡Que María Jesús será su hija!

CARM.—¡Dios os lo pague! (*Muriendo y queriendo besar a su hija.*) ¡Hija!... (*Muere.*)

MARÍA.—¡¡Madre!!!... (*Pausa. Se oye lejána algarabía por la calle, que se va acercando. De pronto, aparecen muchos trabajadores, que invaden el portal, en actitud desesperada.*)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y los TRABAJADORES

UNO.—¡Aquí es!...

OTRO.—¡Adrento!...

OTRO. (*Desde la calle.*)—¡Mueran los ricos!... (*Se oye el griterío de los demás, que contestan.*)

CARL.—¿Qué quereis?...

UNO.—¡Aquí está!...

VARIOS.—¡Sacarlo a la calle!... ¡Aquí!... ¡Traerlo!... ¡Por la juersa!...

CARL.—¡Miserable, canalla!...

PEPE. — ¡Abrid! (*Nadie se mueve. Pepe Luis se dirige a la cancela, que abre.*) ¡Entrad! (*Penetran violentamente, pero al ver a Carmen muerta, retroceden acobardados.*) ¿Quereis más sangre?...

TRA. 1.º—¿Muerta?...

PEPE.—¡Sí; por la crueldad de todos!... ¡La víctima inocente, que no había de faltar!... Y ahora, ¿qué quereis?...

UN TRAB. (*Con odio.*)—¡Justicia!...

CARL. (*Violento.*)—¡Sí; para todos!

PEPE. (*Como un anheló.*) —¡ Para todos!... Pero (*Señalando a Carmen.*) ¡ Por la sagrada muerte; por la vida que os llama en esas campiñas, volved a la paz de vuestras casas, donde lloran de hambre y de terror vuestras mujeres y vuestros hijos!... Sí; que haya justicia para todos... ¡ Justicia del

corazón!... (*Todos se descubren. Levantando a María Jesús y estrechándola contra su corazón.*) ¡ Ven tú, hija de la tierra. ven conmigo!... ¡ Pobre, mísera, triste; ven, ven a mi corazón!... ¡ ¡ María Jesús! !...

TELÓN

Francisco de Viu

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-México.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires a Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-México.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabánilla, Curacao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Pó.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de África.

Regreso de Fernando Pó haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires por Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábricos a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas se van fijando y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Entre vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato amable, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTOMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas

V. siente mareos, vértigos, ardores

Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *gost* EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY

contra todas las enfermedades del estomago.

DIGESTIVO

gost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTION

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30
12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

Los Muchachos

Están preparando

GRANDES CONCURSOS

y muchas novedades.

Compradlos todos los
domingos

NÚMERO:

20 CÉNTIMOS

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURE-
CIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por éminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorriolo; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Combas Peyork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.

DESCONFIAD DE IMITACIONES





3 0112 115878115

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y lo *suprime* totalmente. *Cura* así, el *exceso* como la *falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

Frasco: 6 pesetas

También se expendien frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas.



El eminente doctor José Luis Madero, profesor de Clínica médica de la Facultad de Medicina de Cádiz y especialista del aparato digestivo, dice en su extenso y notable informe:

.... "Entre los modernos remedios que la actual Terapéutica posee, "Neutrácido Español" ocupa hoy lugar eminente por lo original de su composición y por su eficacia en los más variados y graves procesos morbosos del aparato digestivo, ya que no se limita a mejorarlos, sino que los cura, estando indicado con preferencia a todo otro elemento para combatir las Dispepsias hiperclorhídricas y anaclohidricas, distensión e altera de estómago, gastritis subaguda... etc."

Solicite Vd. del concesionario exclusivo D. José Marín Galán, Arjona, 4. — Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.